

EL EXODO DE LOS DIOSES

Kelltom McIntire

CIENCIA FICCION

BOLSILIBROS BRUGUERA

la conquista del ESPACIO

EL EXODO DE LOS DIOSES

Kelltom McIntire

CIENCIA FICCION




LA CONQUISTA
DEL ESPACIO

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN

430 – El gladiador galáctico, *Ralph Barby*.

431 – Amazonas de las galaxias, *Curtis Garland*.

432 – El planeta de los cíclopes rojos, *Kelltom McIntire*.

433 – El horror llegó del mar, *Curtis Garland*.

434 – Poder sin límites, *Glenn Parrish*.

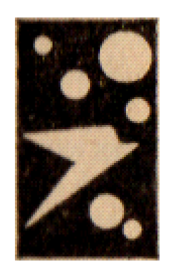
KELLTOM McINTIRE

EL EXODO DE LOS DIOSES

Colección

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.º 435

Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02525-0

Depósito legal: B. 34.564 - 1978

Impreso en España - *Printed in Spain*.

1ª edición: diciembre, 1978

Concedidos derechos exclusivos *a* favor

de **EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**

Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**

Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1978

CAPÍTULO PRIMERO

Mi último viaje a Machis Picchu tuvo lugar en febrero de 1977.

Anteriormente, yo había viajado a Sudamérica en treinta y dos ocasiones, dirigiendo otras tantas expediciones de turistas, por cuenta de la empresa Galotour.

En mi juventud, me había sentido fuertemente atraído por la arqueología y, consecuentemente, por la investigación sobre civilizaciones antiguas.

Una beca de estudios del Instituto Arqueológico Francés me había permitido, muchos años atrás, conocer a fondo Machu Picchu[1]. Fue precisamente esto lo que me llevó a convertirme en guía de la empresa Galotour.

A finales de 1977 fui nombrado director técnico de la empresa de turismo. Yo tenía treinta y seis años por entonces. Había viajado sin tregua desde 1963 y me sentía fatigado, por lo que mi puesto de director técnico me llenó de satisfacción.

Disponía de un cómodo y amplio despacho, un trabajo creativo y un sueldo comm'il faut. En definitiva, un descanso merecido después de tantos años de constante vagar de un continente a otro.

Por desgracia, mi cómodo y bien remunerado trabajo iba a durar bien poco.

Hacia el 15 de enero de 1978, monsieur Reignat me llamó a su despacho. Reignat era el director general.

— Tiene que viajar a Machu Picchu, Jean — dijo, en cuanto me

senté frente a él.

Encendí un cigarrillo calmosamente.

— Creí que mis tiempos de guía habían terminado — observé, incomodado.

— Cuando vuelva de allá, ocupará de nuevo su cargo de director técnico. Pero ahora tiene que viajar a Perú — insistió.

Sin saber por qué, me sentí irritado.

— ¿Por qué? He formado a expertos guías como GiIliard, Vaton, DuMargrés y una docena más. Cualquiera de ellos vale perfectamente para dirigir un rebaño de ávidos turistas...

Reignat me dirigió una rápida mirada de reproche.

— Debería hablar con mayor respeto de nuestros clientes, Jean. Llamarles rebaño es excesivo. Tenga en cuenta que usted y yo comemos gracias a ellos — dijo.

— De acuerdo — convine—, Digamos que es... una expresión profesional. Ya conoce mi opinión. ¿Por qué he de volver a Machu Picchu?

Reignat me observó con atención. Y luego lanzó la bomba, sin previo aviso.

— Se trata de miss Ellen O'Casey. Ella está empeñada en llevar a cabo una nueva expedición a Machu Picchu, en febrero. No tendrá, pues, que dirigir un rebaño de turistas. Su obligación estará limitada a guiar a la señorita Ellen O'Casey...

— ¿Y qué estupidez se le ha ocurrido a esa chalada americana? — pregunté, sin el mínimo sentido del respeto.

Recordé inmediatamente unos cabellos pajizos, un rostro alargado y pecoso, un cuerpo desgarbado, embutido en unos anchos pantalones caqui: aquélla era la imagen de miss Ellen O'Casey.

— Esa «chalada» acaba de girar veinte mil dólares a nuestra cuenta, querido Jean. Al parecer, está empeñada en que usted le acompañe a Machu Picchu. Y, créame, lo conseguirá.

— ¿Lo conseguirá? ¿Por qué? — exclamé, desafiante.

— Su padre es Malcolm O’Casey, fundador y principal accionista de la compañía Gramont International, constructora mundial de aparatos de precisión. Posee una inmensa fortuna.

— Que les aproveche — respondí —. Al padre y a la hija, naturalmente. Yo no pienso ir a Machu Picchu. No con ella, desde luego.

— ¿Por qué? — preguntó monsieur Reignat, lleno de curiosidad.

Aplasté el cigarrillo sobre el cenicero de cristal azulado, y me recosté más cómodamente sobre el respaldo de mi sillón.

— No puedo soportar a una mujer tan insufrible. Por fortuna, no había vuelto a recordarla hasta que usted la mencionó, hace unos minutos. Ellen O'Casey es la criatura más petulante que he conocido. En Machu Picchu, rectificaba mis explicaciones técnicas, a cada momento.

— ¿Eso es todo? — gruñó Reignat, impaciente—. Tengo entendido que miss -O’Casey es una experta en cuestiones de arqueología preincaica, a pesar de su juventud...

— ¿Juventud? — exclamé, irónico.

¿Qué edad podía tener aquella especie de escoba con pantalones?

Me concentré en ello, pero al cabo de un instante me sentía profundamente desconcertado: imposible calcular la edad de aquel esperpento, pues lo mismo podía tener veinte años que cincuenta.

Recordaba sus cabellos despeinados, sus gafas oscuras, sus labios descoloridos, siempre fruncidos en una mueca despectiva...

— Según el télex que recibimos ayer, Ellen O’Casey está sumamente interesada en investigar una gran cueva que ustedes descubrieron el año pasado. Hallaron restos de cerámicas preincaicas, al parecer, y ello ha despertado las inquietudes de miss O’Casey...

Encendí otro cigarrillo.

— Muy bien — dije — Claude Vaton es el hombre perfecto; que la acompañe él. Vaton tiene cuarenta años, es callado, sencillo y paciente. Servirá como guía a la americana.

Reignat se acarició el fino mentón.

— El caso es que ella se empeña en que sea precisamente usted. Su nombre está repetido varias veces en el mensaje: Jean Tallard.

— ¡De ninguna manera! ¡No iré! —exclamé, decidido.

Me puse en pie, impaciente, nervioso.

¡Lo único que faltaba! Que la caprichosa Eilen O'Casey se permitiera exigir mi presencia en Perú.

Ah, pero, no.

De ninguna forma iba yo a aguantar nuevamente las extravagancias de aquella ridícula hembra.

Reignat se puso serio.

— Siéntese — ordenó con brusquedad.

Me dejé caer en el sillón. Pero estaba firmemente decidido a seguir negándome al capricho de la americana, aunque ella tuviese la manía de ir regando millones de dólares por los más escondidos laberintos de Machu Picchu.

— Compréndalo, Reignat. ¡Póngase en mi lugar! — clamé, desesperado —. Imagínese a Ellen O'Casey: ridícula, caprichosa, extravagante, voluntariosa.... ¡Una verdadera hipocondríaca! Se empeñó en llevar en la expedición un gran macuto lleno de latas de conserva, despreciaba la excelente comida que preparábamos en las acampadas, dormía en un lugar apartado porque... ¡temía que los guías peruanos pudieran violarla! Me importunaba a cada momento con caprichos, se empeñaba en que alterásemos la ruta prevista, protestaba continuamente, se rebelaba contra todo y contra todos, nos hacía escenas, lloraba, gritaba órdenes grotescas a- porteadores y compañeros de expedición, desaparecía cuando menos lo esperábamos, provocó la irritación de todos, nos puso en peligro continuamente, nos...

Callé, al advertir la sonrisa irónica en los delgados labios de monsieur Reignat.

— ¿Por qué sonríe? — protesté, amoscado.

— Porque comprendo que le aguarda un pequeño «via-crucis», amigo mío— respondió con toda tranquilidad.

Torné a ponerme en pie de un brinco.

— ¡Ah, no, se equivoca! No pienso permanecer nunca a menos de una prudente distancia de cinco o seis mil kilómetros de esa grotesca criatura — exclamé.

La sonrisa se borró del saludable rostro de Reignat.

— ¿Es su última palabra? — preguntó.

— Desde luego. Ni por todo el oro del mundo…

Reignat se puso en pie.

— En tal caso, considérese despedido. La empresa Galotour le entregará una considerable indemnización por despido, hoy mismo. Porque hoy, precisamente, causará baja, Jean — pronunció.

No bromeaba.

— ¿Cómo? — grité, desagradablemente sorprendido—. He trabajado para ustedes durante quince años, jamás cometí una leve falta administrativa, he conseguido que el negocio aumentara considerablemente, dirigí cursillos para la formación de guías, preparé…

Reignat alzó una mano para hacerme callar.

— Todo lo que dice es cierto — convino—. Galotour no sólo está satisfecha de sus servicios, sino que, además, Jean, nos sentimos orgullosos de tenerle en nuestra nómina. Pero no está en nuestras manos conservarle a nuestro lado…

— No me diga. ¡Ustedes pueden negarse a los caprichos de esa estúpida miss O'Casey! —protesté.

Reignat movió la cabeza, en sentido negativo.

— El mayor paquete de acciones de Galotour está en poder de monsieur Jacques Dalougnac.

— Lo sé. ¿Y qué?

— Sencillamente, Malcolm O'Casey, padre de «miss» Ellen, se casó hace muchos años con una francesa llamada Marcelle Dalougnac. Aunque esta señora murió hace diez años, Jacques Dalougnac sigue en excelentes relaciones con su cuñado americano. Resumiendo,

Dalougnac controla la empresa, y le despedirá si no accede a los deseos de su sobrina. ¿Está todo claro ahora, Jean?

Me dejé caer sobre el sillón, por tercera vez, y gemí:

— Diáfanamente claro, monsieur.

CAPITULO II

En el hotel nacional, de Cuzco, me dijeron que Ellen O'Casey no. había llegado todavía.

— Pero sus habitaciones están reservadas desde hace un mes, señor Tallard — me dijo el recepcionista.

El Nacional era un hotel muy cómodo, aunque carísimo. Me alojé, pues, gocé del baño, y al atardecer decidí dar un paseo por la ciudad, para aclimatarme a la altura, superior a los 3.000 metros.

No es necesario decir que me sentía malhumorado y rabioso: me había visto obligado a claudicar ante los caprichos de la estrafalaria Ellen O'Casey, si no quería perder mi cómodo y bien pagado empleo.

Cierto que había recibido la considerable suma de tres mil dólares, que gozaba de un confortable hotel e incluso habían puesto a mi disposición un lujoso y potente automóvil americano.

Por lo demás, Cuzco era una ciudad que me traía agradables recuerdos de mis anteriores y prolongadas estancias. Podía recordar a María, a la bellísima Lola Cárdenas, a Pilar Mendoza..., mujeres ardientes y exquisitas, que habían convertido mis noches en Cuzco en alegres y desenfadadas bacanales.

Aquella tarde, sin embargo, no ansiaba la compañía femenina. Paseaba despacio, como los nativos, a lo largo de las aceras de piedra o cemento. En ocasiones, algunas personas me reconocían y me saludaban cortésmente.

— Es monsiú Tallard, el francés — solían cuchichear, cuando yo cruzaba frente a ellos.

Al oscurecer, me dirigí al Imperio del Virrey, un gran salón que hacía las veces de casino, café y cabaret.

Muchas miradas se volvieron hacia mí, cuando entré. Vi algunos rostros conocidos: porteadores y capataces, administrativos y algunas personalidades oficiales de la ciudad.

De todas formas, yo busqué una mesa apartada del escenario donde cantaba un jovencito de voz empalagosa y lánguidos movimientos.

Pedí un ron con hielo y mema, v comencé a saborearlo a pequeños sorbos. En el hemisferio austral era pleno verano, y aunque en Cuzco las temperaturas no suelen ser extremadas, hacía un insoportable calor en el interior del Imperio del Virrey.

Alguien apoyó una mano sobre mi hombro izquierdo. Me volví y vi un rostro moreno, de facciones netamente incaicas.

— ¡Ortiz! —exclamé alegremente. Y me puse en pie v abracé sin remilgos a aquel hombre de anchos hombros, estatura mediana v recia musculatura.

Evelio Ortiz había sido mi primer guía a Machu Picchu. Habíamos bebido juntos muchas veces, nos Habíamos emborrachado, habíamos corrido varias juergas con sus ardientes y bellas paisanas… En fin, nos unía una antigua y sólida amistad.

— Ajá, con que volviste, viejo gringo —rió—. Creí que no volvería a verte jamás por aquí.

— Ya lo ves — respondí—: he vuelto. Pero siéntate, Evelio. Charlaremos — le invité.

Pedí un doble de ron para él, fumamos y hablamos de cosas intrascendentes durante largo rato.

Una hora después, tras haber bebido cuatro o cinco dobles de ron, Ortiz comenzó a mostrarse más locuaz.

— Te ha contratado la gringa —dijo, de repente.

— Sí. Pero no he venido por mi gusto — respondí. Y le expliqué mis razones.

— Es curioso, Jean — observó—. Yo también he sido contratado. Cuando recibí la carta de la gringa, estaba dispuesto a rehusar, pero… ese mismo día vino un empleado del Banco a decirme que miss O'Casey había depositado mil dólares a mi cuenta. Necesitaba el dinero y… acepté.

— Dime una cosa, Evelio. ¿Por qué pensabas negarte a acompañar a Ellen O'Casey? — pregunte

— ¿No lo sabes? Ella quiere realizar excavaciones en la gruta de Xari-Allak, a la que nosotros llamamos «La Tumba del Dios»... Ya conoces todo lo relacionado con esa gran caverna: nuestros antepasados conocían su ubicación, pero la consideraban lugar sagrado. Según ellos, en sus profundidades reposa el espíritu inmortal de alguno de nuestros remotos dioses incas quechuas o mayas... Nuestro carácter, profundamente religioso y supersticioso, mantuvo secreta la existencia de Xari-Allak hasta que la misma miss Ellen O'Casey la descubrió por -casualidad.

— Pero eso no lo explica todo... — observé, sumamente interesado.

— Mira, Jean — Ortiz se pasó una mano por el sudoroso cuello—. La leyenda cuenta cosas terroríficas… Hablan de un monstruo que guarda el recinto, capaz de devorar a los hombres... ¡Ya sé, ya se! Para tu mente de europeo, todo esto puede resultar infantil. Sin embargo...

— Sigue — rogué.

— Hace seis años, un equipo formado por seis «petroleros» [2]gringos se aventuraron por las inmediaciones de Xari-Allak, a través de los profundos torrentes. Un mes después, se vio una almadía descendiendo por el Urubamba. En ella estaban los esqueletos de los seis yanquis, mondos. La gente decía que el monstruo de Xari-Allak los había devorado.

Sonreí.

— Fueron las fieras, sin duda, O tal vez salvajes, antropófagos — dije,

. Pero Evelio Ortiz movió la cabeza negativamente.

— No hay antropófagos en la zona, Jean. En el caso de que fuera como tú dices, los caníbales o las fieras no se hubieran preocupado de poner los esqueletos sobre una balsa. ¡Fue un aviso! Así lo interpretamos todos.

— ¿Tienes miedo? — quise, saber.

— Sí — confesó.

— Entonces... ¿por qué te arriesgas?

— ¿No lo comprendes? Tengo mujer y cinco hijos, y hay que darles de comer a todos. Todos quieren servir de guías y porteadores a Machu Picchu, y el «oficio» se está poniendo imposible, por la competencia... Con los mil dólares que he recibido, mi familia y .yo podemos comer durante todo un año.

Es decir: no hay miedo que resista el hambre, según deduje de las explicaciones de Evelio Ortiz.

— Me he comprometido — terminó—. Iré.

Apuró su vaso y añadió:

— Pero me siento más tranquilo sabiendo que tú serás el jefe de la expedición.

Volví a sonreír, sarcástico.

— Eso, tratándose de la excéntrica Ellen O'Casey, no es nada seguro — expuse —. De todas formas, como tú mismo, ya estoy comprometido y debo cumplir con, mi compromiso. Quizá tenga dificultades: ya sabes cómo son las autoridades peruanas. Quizá le denieguen el permiso para realizar las excavaciones, y tenga que limitarse a fotografiar losas y a estudiar trozos de cerámica inca... ¡Me gustaría que sucediera algo así!

Ortiz pidió una nueva copa para cada uno.

— No seas ingenuo, francés — rió de buena gana —. Si ha sido capaz de convencerte a ti, seguro que obtiene la licencia correspondiente de nuestras autoridades. Esa mujer es peor que una muía.

Reímos los dos a carcajadas, animados por la bebida.

Luego Ortiz se marchó, y yo me quedé aún un buen rato escuchando la música insinuante de un conjunto colombiano.

A medianoche regresé al hotel, caminando perezosa-mente a lo largo de las frescas calles de Cuzco.

Torcía una callejuela, cuando una sombra surgió de un portal vecino. La luz era escasa, mortecina, y no pude percibir si se trataba de hombre o mujer.

Pero una hoja plateada brilló en la penumbra.

Se oyó un zumbido sibilante, me arrojé de bruces al suelo…

La sombra huyó velozmente, sin producir el menor rumor — debía ir descalzo, quien fuese— y desapareció en una esquina próxima.

Me incorporé despacio, farfullando maldiciones entre dientes, y sacudí el polvo de mis manos.

Giré la cabeza y vi la hoja de acero profundamente clavada en el blando muro de adobes.

Era un ancho machete perfectamente afilado, de unos sesenta centímetros de longitud.

Y se había clavado justamente a la altura del lugar que ocupaba mi pecho unos segundos antes

En la empuñadura había un tubito de papel atado con un fino bramante hecho de fibras de pita

Tiré de la empuñadura y me costó un gran esfuerzo arrancar el arma.

Desaté el canutillo de papel, lo desenrollé y leí, en español:

«Márchate, francés, o morirás. La próxima vez el machete no fallará.»

Aquel melodramático estilo de redacción en castellano me hizo sonreír.

Pero borré la sonrisa de mis labios al considerar que había estado a un paso de morir.

La persona que había lanzado el machete —sólo un hombre podía demostrar tanta fuerza destreza — no había pretendido matarme, sólo avisarme. Me había dado tiempo a tirarme al suelo y después…

Con el machete en la mano, regresé apresuradamente al hotel Nacional. A partir de allí, procuraría llevar siempre mi revólver en el bolsillo.

CAPITULO III

Zumbó el teléfono y desperté bruscamente. Me sentía pesado, soñoliento, como si acabase de acostarme.

— Miss O'Casey acaba de llegar, y quiere verle, señor Tallard. Le espera en su habitación, la dieciocho, en su misma planta — anunció el recepcionista.

— Iré en cuanto me afeite y me vista — respondí.

Me alcé del lecho con un suspiro.

— Ya está aquí la niña de papá — me lamenté—.Y esta vez, seguro que piensa hacernos andar de cabeza a todos.

Deliberadamente, tardé casi una hora en acicalarme. Finalmente, me puse una chaqueta fresca y un pantalón blanco y salí.

Me dirigí a la habitación dieciocho, y rememoré mi última impresión de la grotesca Ellen O'Casey: figura desgarbada, pantalones anchos, camisa ampulosa, rostro pecoso, dientes de caballo, cuello fláccido, cabellos de panocha... ¡todo un panorama!

Llamé a la puerta.

— Pase — respondió alguien.

Empujé y entré.

Mis ojos vieron el perfecto par de pantorrillas, la curva armoniosa de una cadera femenina, un busto erguido y libre debajo de un fresco jersey, unos cabellos brillantes y rubios...

— Discúlpeme — farfullé —. He debido equivocarme.

Y di la vuelta, para abrir la puerta.

— No se ha equivocado, señor Tallard — pronunció aquella voz —. Pase, le estoy esperando.

Giré bruscamente.

¡Dios santo, era ella!

Apenas podía dar crédito a mis ojos. La figura desgarbada se había convertido en una silueta armoniosa y esbelta, los cabellos pajizos de panocha. Formaban ahora una larga melena sedosa, y el rostro pecoso…

Unos ojos azules y chispeantes me contemplaban con ironía.

— ¿Qué le ocurre, Tallard? ¿Se siente mal?— exclamó.

Me sentía… maravillado.

¿Cómo podía haberse producido tan magnífica transformación, en poco menos de un año?

Para mí era un misterio.

— Siéntese. Quisiera cambiar impresiones con usted acerca de nuestra próxima expedición — dijo.

Tomé asiento, con un leve temblor de las rodillas. La mujer que tenía ante mí… ¡era tan hermosa, tan diferente de la que yo conocía!

Y no había hablado en tono autoritario y rígido sino que había utilizado palabras correctas y ambles… ¡Milagroso!

Pronuncié unas confusas palabras de salutación, y ella me preguntó si había hecho bien el viaje.

Furtivamente, mientras ella buscaba cigarrillos en su bolso, mis ojos contemplaban, ansiosos, su cuerpo. ¡Oh, lá, lá…!

Poco a poco, mientras ella fumaba, fui recuperando el control de mis emociones. No tenía más remedio que aceptar que se había producido un prodigio: Ellen O'Casey era en la actualidad una mujer bellísima

En cuanto a su carácter, yo estaba seguro de que no habría cambiado lo más mínimo. Seguiría siendo una mujer caprichosa, extravagante, rara…

Ella puso en mis manos unos folios mecanografiados y dijo:

— Es mi plan de trabajo, Échele una hojeada y deme su opinión. Entretanto, pediré un desayuna para dos.

Leí, por encima, el trabajo. Debía admitir que Ellen tenía una mente lúcida y muy despierta y que sabía muchas cosas acerca de la arqueología incaica.

Aprobé el plan, con un ademán. Cuando ella volvió, dije desganadamente:

— No está mal, pero dudo mucho de que obtenga el permiso para llevar a cabo las excavaciones. Usted debe ignorar que los peruanos son excesivamente celosos de su pasado, de sus tradiciones...

Sonrió deliciosamente. ¿Qué se había hecho de sus dientes caballunos? Ahora eran pequeños, redondos, iguales, blanquísimos y brillantes.

— No se preocupe por eso, Tallard — afirmó—. La licencia estaba firmada mucho antes de que yo llegase a Cuzco. He contratado también a los porteadores, a los trabajadores, las herramientas. Dispongo de todo lo necesario.

— Ya — murmuré—. Todo lo tenía previsto. ¿Puede decirme, entonces, qué diablos pinto yo en todo esto? Cualquiera le hubiera servido de guía.

Ellen jugueteó, coqueta, con un rizo de sus brillantes cabellos.

— No todos poseen sus experiencias ni sus conocimientos, Tallard. Espero que todo vaya bien. Formáremos un excelente equipo —dijo.

— Ojalá — respondí.

Ella se disponía ya a responderme, cuando llegó un camarero empujando la mesita del desayuno.

Desayunamos, en silencio. No dije una sola palabra, pues en presencia de aquella bellísima mujer me sentía nervioso e inseguro. ¡.Jean Tallard, el hombre que sabía dominar a las mujeres!

Terminado el desayuno, me puse en pie, dispuesto a marcharme. Pero Ellen me detuvo con un gesto.

— No se vaya aún. Quiero charlar un rato — dijo—. Ya sabe, cambiar puntos de vista sobre la expedición, técnicas de trabajo y todo eso.

Me senté, resignado. Al fin y al cabo, ella me pagaba espléndidamente.

No hablamos para nada de temas relacionados con la arqueología. Por el contrario, Ellen parecía muy interesada en saber cómo me había ido durante aquel año.

— ¿Qué quiere saber? — exclamé, desabrido —. Estoy aquí por su

capricho. Si usted no fuera la hija consentida de un yanqui, podrido de millones, yo estaría ahora en mi despacho de París.

Su frente se frunció y sus ojos destellaron.

— No posee una pizca de la tradicional galantería francesa, señor Tallard — pronunció fríamente —. Y no soy una niña consentida, sino una intelectual con tres títulos universitarios. Y, apréndalo de una vez, cuando mi padre llegó a Estados Unidos no tenía un centavo. Trabajó y se hizo rico porque... no era un vago presumido como usted.

Me puse en pie, de un brinco.

— ¿Es todo lo que tiene que decirme? — grité.

— Eso es todo, sí. ¡Váyase! —respondió en el mismo tono.

Crucé el salón, abrí la puerta y advertí:

— Puede avisarme cuando necesite mis servicios-. Estaré por ahí... justificando mi fama de holgazán engreído.

Cerré de un portazo y quedé junto a la puerta" respirando entrecortadamente, furioso e irritado.

Entonces escuché los sollozos de Ellen O'Casey.

* * *

Recordaba perfectamente cómo se había producido aquel descubrimiento.

Habíamos descendido la escalinata de unos tres mil quinientos peldaños que lleva desde la selva hasta la cima de Machu Picchu.

El grupo de turistas se encontraba fatigado y jadeante, y decidí levantar un campamento entre las frondas para recuperar las fuerzas.

Mientras Roto Suárez encendía el fuego y preparaba las viandas, algunos expedicionarios se alejaron un tanto para seguir gastando rollos y rollos de película.

El paisaje lo merecía. Una vez más, yo mismo había quedado

embelesado en lo alto de Machu Picchu, contemplando los precipicios azulados desde el borde del acantilado sur.

Elevados picos se erguían, desafiantes, recortándose sobre la bruma, en la dilatada lejanía.

Les había guiado, después, a lo largo de los hermosos barrios dispuestos en forma de terrazas dado lo quebrado del terreno, les había mostrado las tumbas incas, vacías, los templos, las aras del sacrificio y los sepulcros de las Doce Vírgenes del Sol...

Los turistas habían escuchado, embelesados, mi versión del descubrimiento de la aldea erigida en la cumbre de Machu Picchu, aderezado todo ello con leyendas y relatos de las costumbres antiquísimas de aquella civilización preincaica...

Después, el interminable descenso hasta la jungla espesa. Todos se sentían exhaustos, como he dicho, pero la magia de aquellos lugares les impedía descansar durante muchos minutos.

— No se alejen demasiado — les advertí—. La jungla está poblada por fieras salvajes, serpientes y arácnidos de gran tamaño.

Ortiz y otro peruano avisaron cuando el almuerzo estuvo dispuesto. Ellen O'Casey no acudió, pero aquello no me alarmó demasiado, de momento, pues yo conocía sus tontos escrúpulos acerca de la comida, excelente, por otra parte que solía prepararnos Roto Suárez en las acampadas.

Pero cuando, a las cuatro de la tarde, reuní a todos para iniciar la caminata para llegar al autocar que nos esperaba en Turoc Cancha, notamos la ausencia de miss O'Casey.

Habíamos advertido a todos que, en caso de extraviarse, Ortiz lanzaría su agudo y penetrante alarido quechua, con el fin de orientarle.

Ortiz gritó, llamando a la extraviada miss O’Casey, pero transcurrieron dos horas y la estrafalaria yanqui no apareció.

Entonces comenzamos a preocuparnos de veras. La jungla que rodea Machu Picchu está atravesada por profundos torrentes y gargantas peligrosísimas, por las que puede' despeñarse cualquiera que desconozca el terreno.

Finalmente, tomé mi rifle, unas cuerdas y un pequeño botiquín de

campaña y pedí a dos de los porteadores, incas puros, a juzgar por sus facciones, que me siguieran.

El rastro dejado por Ellen O'Casey fue fácil de seguir, pues ella no se preocupaba de disimular su avance para nada.

Caminamos durante una hora a través de los vericuetos de la jungla. De cuando en cuando, veíamos desaparecer en la floresta una serpiente tan gruesa como mi muslo o escuchábamos el rugido próximo de un animal carnicero.

Luego, bruscamente, comenzamos a caminar a orillas de un torrente. Seguíamos un sendero excavado en Ia roca — Dios sabe cuántos milenios atrás — por manos humanas.

La garganta por la que discurría el torrente fue haciéndose más y más ancha hasta desembocar en un angosto valle azulado.

Entonces les dos porteadores se negaron a seguir adelante. Fue inútil .que íes robara ni que les amenazara. Prometieron que rae esperarían, pero no dieron un solo paso hacia adelante.

El sendero se elevaba, apartándose progresivamente de las márgenes del rápido torrente. Media hora después descubrí a Ellen O'Casey: se encontraba agachada a la puerta de una gran caverna.

Tenía una lupa en Ia mano, y seguía con el dedo índice las incisiones de los signos grabados en una roca.

Me acerqué sigilosamente para no asustarla, puesto que el sendero terminaba bruscamente ante Ia boca de la gruta, y la caída vertical sobre el torrente era de unos ochenta metros de profundidad.

Entonces la oí murmurar:

— Xuri-Allak... Illa Tecce Viracocha...

Así fue como la tozuda Ellen O'Casey descubrió la llamada «Tumba del Dios».

CAPITULO IV

Entre los hombres que Ellen O'Casey había contratado, apenas se

encontraban cinco nativos.

— Es lógico — me dijo Evelio Ortiz aquella tarde, entre trago y trago de ron con: menta —. Tienen miedo. Nadie quiere ir “a Xari-Allak. La leyenda está viva entre nosotros.

En total, seríamos catorce personas, incluidos miss O'Casey y yo.

Eche una detenida ojeada a la lista: Humberto Silveira, un portugués, dinamitero de profesión, y otro compatriota suyo llamado Moraes. Había un alemán, Hans Frostmann, capataz de minería, un norteamericano borrachín, llamado Hubert Davis, y tres argentinos: Valdés, Sierra y Erguetería. El resto eran peruanos, entre ellos Evelio Ortiz.

Pedí la opinión sobre aquellos hombres a Ortiz, pero éste se encogió de hombros. Era una forma de opinar como otra cualquiera.

Al día siguiente sería Ia partida. Un gran camión trasladaría hombres y herramientas hasta Turoc Cancha, desde donde la impedimenta sería cargada a lomos de una recua de burros.

Hablé a Ortiz del incidente de la noche anterior.

— ¿Quién crees que puede tener interés en alejarme de Xari-Allak? — le pregunté.

— No lo sé — respondió, preocupado —. Mis compatriotas son supersticiosos, ¿comprendes? Tal vez temen que las iras de los dioses se desaten, si violamos los secretos que se esconden en Xari-Allak.

— ¿Secretos? —sonreí—. La neurótica miss O'Casey se conformará con excavar unos metros de tierra y hallar unas piezas.de cerámica. Su orgullo se sentirá satisfecho con ello.

Ortiz movió la cabeza, dubitativo.

— No lo sé. Pero alguien está vendiendo clandestinamente, en Cuzco, figurillas de ídolos en oro macizo, ajorcas en oro y plata, y otras cosas de mucho valor. Si esas piezas procedieran de Xari-Allak, la agresión que sufriste anoche tendría una explicación lógica.

— Es cierto. Pero ¿cómo podemos estar seguros de que alguien haya penetrado en la caverna? — respondí.

Pedimos nuevas bebidas. En el escenario, un grupo de danza

española bailaba graciosamente unas sevillanas.

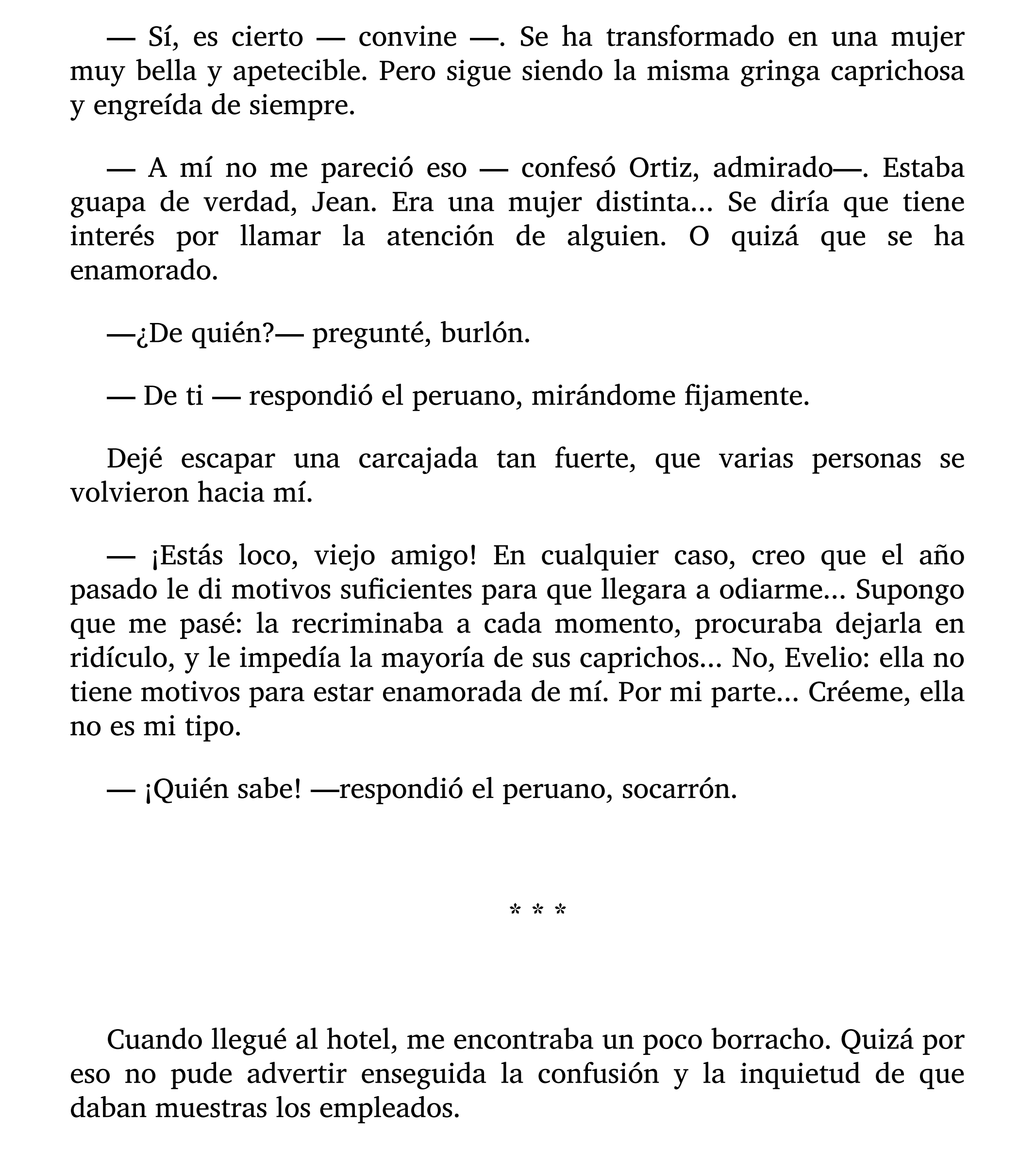
— ¿La has visto? — preguntó Ortiz, de pronto.

— ¿A quién? — inquirí, pensativo.

— ¿A quién va a ser? ¡A miss O’Casey!

— Sí. Me mandó llamar esta misma mañana.

— ¡Y lo dices tan tranquilo! —exclamó el peruano—. ¿Es que me vas a decir que no te ha asombrado su maravillosa transformación?



— Sí, es cierto — convine —. Se ha transformado en una mujer muy bella y apetecible. Pero sigue siendo la misma gringa caprichosa y engreída de siempre.

— A mí no me pareció eso — confesó Ortiz, admirado—. Estaba guapa de verdad, Jean. Era una mujer distinta... Se diría que tiene interés por llamar la atención de alguien. O quizá que se ha enamorado.

—¿De quién?— pregunté, burlón.

— De ti — respondió el peruano, mirándome fijamente.

Dejé escapar una carcajada tan fuerte, que varias personas se volvieron hacia mí.

— ¡Estás loco, viejo amigo! En cualquier caso, creo que el año pasado le di motivos suficientes para que llegara a odiarme... Supongo que me pasé: la recriminaba a cada momento, procuraba dejarla en ridículo, y le impedía la mayoría de sus caprichos... No, Evelio: ella no tiene motivos para estar enamorada de mí. Por mi parte... Créeme, ella no es mi tipo.

— ¡Quién sabe! —respondió el peruano, socarrón.

* * *

Cuando llegué al hotel, me encontraba un poco borracho. Quizá por eso no pude advertir enseguida la confusión y la inquietud de que daban muestras los empleados.

Ya me disponía a subir a mis habitaciones, cuando alguien me cortó el paso: era el director del hotel.

— ¡Gracias a Dios que ha llegado, señor Tallard! —exclamó, gesticulante y sudoroso.

— ¿Qué ocurre? — pregunté, curioso.

— Un… pequeño, pero desagradable incidente. Alguien… consiguió introducirse en el hotel. Clandestinamente, desde luego. Pusieron una… gran iguana en el lecho de miss O'Casey. Verá…

Me contó que había escuchado un alarido, hacia las once, en la segunda planta. Cuando la doncella de servicio penetró en la habitación dieciocho, hallaron a Ellen desmayada. Una enorme iguana permanecía inmóvil, pero viva, contemplando a la mujer, tranquilamente acomodada sobre la almohada.

— El médico estuvo reconociéndola, y dijo que se trataba de un desmayo causado por la tremenda impresión al encontrar al… bicho entre las sábanas. Imagínese, señor Tallard. Seguramente miss O'Casey querrá cambiar de hotel. Y para nosotros… ¿No podría interceder ante ella para…?

Aparté al hombre, y subí las escaleras velozmente.

Ellen estaba en su habitación, sentada al borde del lecho. Su rostro estaba pálido, demacrado. Me dio pena.

— ¿Está bien? — pregunté, solícito.

— Imagínese — respondió secamente—. Me han dicho que era un bichito inofensivo, y que incluso sirve de manjar, en Sudamérica. Pero yo estaba desnuda, dispuesta a meterme entre las sábanas, cuando…

Tembló. Estaba a punto de sollozar, pero se contuvo, con gran esfuerzo de ánimo.

— ¿No encontró ningún mensaje? —le pregunté…

Se puso bruscamente en pie. Vestía una bata transparente, muy… sugestiva, y uno de sus muslos, moreno y terso, apareció un momento ante mis ojos.

— ¿Cómo lo sabe? — exclamó.

Le hablé del afilado machete que pudo haber segado mi cuello la

noche anterior, y del papelito sujeto a su empuñadura.

— Y supongo que se sintió aterrado, señor Tallard... — insinuó la muy...

— Le diré — respondí con frivolidad —: no me pareció sugestiva la posibilidad de que me decapitasen por... vía aérea.

— Ya —me contemplaba a hurtadillas, sin perderme de vista —. Y supongo que ha decidido cancelar su compromiso...

Sobre una mesita había una botella de whisky, cubitos de hielo, una botella de soda y varios vasos.

— ¡No, no! —protesté, mientras me servía hielo y whisky—. Seguiré adelante, contra viento v marea. Compréndalo, miss O'Casey: sí decidiera abandonarla, su honorable tío, monsieur Dalougnac, conseguiría que me despidiesen de Galotour. Y en ese caso, ¿de dónde sacaría el dinero suficiente para alimentar a mis hijitos? Ya sabe que soy un haragán, una especie de «play-boy...»

Ellen se aproximó, y vertió un chorro de licor en otro vaso.

— Lo ignoraba — susurró —. Ignoraba que estuviera casado, que tuviera hijos...

Su tono era tan desconsolado, que me fue imposible seguir con la broma.

— Tranquilícese, aún no me ha dado por ahorcarme. Y no tengo hijos — confesé.

Ellen se encolerizó. Porque había captado la burla.

— ¡Es usted..., es... es...! —se atragantó.

— Insoportable, engreído, creído y... todo eso. lo sé — apuré mi vaso y lo-dejé sobre la mesita—. Pero hablemos de otra cosa. Supongo que necesitará unos días para reponerse de... Bueno, de la impresión, la iguana, ya sabe.

El vaso tembló en su mano.

Me miró. ¿Sería propio de un tipo engreído imaginar que me miró con ternura?

— Jean — murmuró —. ¿Qué pasa, qué ocurre, por qué siempre

estamos discutiendo?

Reflexioné sobre ello.

— No lo sé — confesé, al cabo —. Supongo que no estamos hechos para entendernos, para comprendemos mutuamente.

Ella se dejó caer sobre el lecho. Debió pensar entonces en la iguana, porque se incorporó de un respingo. .

— Tengo. Tengo una enorme ilusión puesta en esta expedición, Jean. Ya ha leído mi estudio. Imagino que en esa gran caverna estuvo aposentada una tribu anterior a los preincas que habitaron Machu Picchu. No soy una orgullosa, no llevo a cabo estos trabajos por orgullo personal, sino porque me apasiona todo lo relacionado con las civilizaciones desaparecidas. Pero antes que todo ello...

— ¿Sí? — exclamé, burlón.

Ella captó mi tono, y su semblante cambió.

— Nada — dijo, impenetrable el gesto—. Váyase a descansar. Mañana nos espera una dura jornada.

CAPITULO V

Hacía mucho frío cuando subimos al camión. Era aún de noche cuando el vehículo se puso en marcha y abandonó Cuzco.

Acababa de conocer a los componentes de la expedición. Ninguno de ellos me gustaba demasiado, a excepción .de Evelio Ortiz, en el que yo estaba seguro de poder confiar plenamente.

Silveira y Moraes eran delgados, morenos y taciturnos. El americano Davis era corpulento, de unos cincuenta años, y le gustaba mascar coca y fumar continuamente cigarrillos de marihuana. Los peruanos, por su parte, a excepción de Ortiz, eran parlanchines y bebedores, y los argentinos tenían una baraja, y se pusieron a jugar en cuanto el camión arrancó, a la luz de una pequeña linterna.

«Bonito equipo», pensé. Pero la verdad era que Ellen O'Casey no había tenido elección: aquél era el material humano que había podido conseguir, y eso era todo.

Por fortuna, un helicóptero nos llevaría cada dos días algunas provisiones. En el aparato llegaría también el teniente de policía Gustavo Heras, que realizaría inspecciones periódicas, en representación del gobierno peruano.

Llegamos a Turoc Cancha a las once de la mañana. En mitad de la aldea nos esperaban dos arrieros, con media docena de famélicos borriquillos.

Ellen bajó de la cabina. Hablamos.

— ¿Quién va a entenderse con ellos? — le pregunté—. ¿Usted o yo?

— Usted es el guía. Entiéndase con ellos — respondió.

Las cosas marchaban bien, por el momento. Me acerqué a los arrieros, les llamé cochinos y pelones, v les ordené que se llevasen a los pencos llenos de mataduras que habían traído.

— Quiero mulos, animales fuertes y sanos. Pagaré bien — prometí.

Una hora después, tenía lo que había pedido. Los peruanos comenzaron a cargar los animales, mientras Frostmann y Davis sesteaban al sol, y los argentinos continuaban, impasibles, su partida de naipes.

De repente, golpeé la caja metálica del camión con un pico, y todos se volvieron hacia mí.

— Aclaremos las cosas, desde el primer momento — dije en voz alta —. A mí me pagan por dirigir la expedición, a ustedes, por obedecer mis indicaciones. Tiren esos naipes, amigos. Y ustedes, echen una mano a los peones — ordené a Davis y a Frostmann—. Eso es. Empezamos a entendernos.

Almorzamos en Turoc Cancha. Algunos indios famélicos se acercaron al lugar y Ellen repartió entre ellos abundantes provisiones.

— Demuestra un excelente corazón — dije —. Pero si, por cualquier razón, el helicóptero falla, nosotros moriremos de hambre.

No le gustó mi observación, pero no hizo el menor comentario.

A las tres de la tarde, nos pusimos en marcha. Ortiz iba en cabeza, dirigiendo la reata, y los demás caminaban al borde del sendero.

Advertí que Ellen O'Casey había cambiado su falda tableada por unos pantalones vaqueros, que se adaptaban como un guante a sus bien dibujadas caderas. Calzaba unas botas de cuero flexible, muy aptas para caminar a través de la jungla.

Descendimos. La expedición alcanzó en seguida la jungla espesa, cruzamos el valle que desembocaba en Machu Picchu, y tomamos una senda orientada hacia el Sudeste.

A las siete de la tarde, estábamos a la entrada de la garganta que conducía a Xari-Allak, seis kilómetros más allá.

Di orden de que la reata se detuviese, y Ellen retro cedió y vino hacia mí en seguida.

— ¿Por qué nos detenemos? — preguntó, molesta.

— Pasaremos la noche aquí — respondí —. Es lo más sensato.

— ¿Por qué? Queda suficiente día para llegar a la caverna.

— ¿Y dónde acamparíamos?

— En el interior de la gruta — contestó Hay lugar suficiente.

— Vamos a ver si nos entendemos — exclamé, impaciente—. Los peruanos no se avendrán a acampar allí. Y posiblemente, tampoco los demás. Fuera, no hay sitio suficiente para plantar las tiendas, ¿no lo comprende? — razoné.

— Pero si hoy no hay sitio, tampoco lo habrá mañana — insistió tercamente.

— Mañana utilizaremos explosivos para ampliar el sendero — le expliqué, con el acento del profesor que trata de hacerse entender por una discípula poco inteligente.

— Está bien, haga lo que quiera — convino, aunque de mala gana.

Di mis instrucciones a Ortiz, v él se encargó de disponer el campamento. Se alzaron dos tiendas grandes y una más pequeña para la señorita O'Casey, próxima. Los nativos acarrearon suficiente leña y, en cuanto llegaron las sombras, una alegre fogata iluminó el claro y las tiendas.

Llevábamos carne fresca, y Ortiz preparó un excelente asado, que devoramos entre todos. Luego bebimos café, y fumamos junto a la

lumbre.

Lentamente, Ellen se fue aproximando a mí hasta sentarse a escasa distancia, sobre una silla plegable.

— ¿Sabe una cosa, Jean? —murmuró—.Me siento emocionada.

Estaba tan próxima que el aroma de su cabellos llegaba hasta mí. Su presencia impresionaba tan fuertemente mis sentidos, que comencé a sentirme inquieto. Porque bruscamente comprendí que estaba deseándola, ansiando sus caricias, su cuerpo joven, turbador...

— Lo comprendo — dije, tratando de superar mi emoción —. Al fin. va a conseguir lo que quería: excavar en Xari-Allak, profundizar en un misterio de milenios...

Puso una mano sobre mi hombro, y yo vibré al contacto.

— Sí — asintió quedamente —. Pero no es sólo eso. Lo que yo quería era... estar aquí con usted, Jean.

Mi respiración se cortó. Tosí, sofocado, encendí un cigarrillo.

— En el fondo, yo hubiera enviado esta expedición al... diablo, si usted se hubiera negado a venir. Todo... todo esto lo hice por... reunirme aquí contigo, Jean — confesó.

Así que Evelio Ortiz, finalmente, tenía razón, ¡Ellen O'Casey se había enamorado de mí...!

Mi zozobra era tan intensa que sólo pude pronunciar una estupidez.

— Parece... una declaración en toda regla — dije. Y rompí a reír, nerviosamente.

Ella se incorporó de un brinco, me miró un momento, roja de ira, y se alejó hacia su tienda.

¿Qué clase de .imbécil era yo? La había ofendido, estaba claro. Y ella se había marchado, despechada, imaginando que yo me estaba burlando de sus más íntimos sentimientos.

Por un momento, me sentí impulsado a correr a su. tienda, a explicarle la causa de mi torpeza, a suplicarle, a...

Pero Evelio Ortiz se acercó, y mi decisión se desvaneció. Establecimos un turno de centinelas y luego me fui a dormir.

Durante varias horas permanecí despierto, dentro de mi saco de dormir. Oía los ronquidos de Hubert Davis, la respiración profunda de Frostmann y los misteriosos murmullos de la jungla.

Pensé en Ellen y en mí. ¡Qué extrañas jugadas tenía el destino...! Yo, que me había burlado de su estrafalario aspecto, que la había escarnecido con mis pullas y reconvenciones, me sentía ahora tan azorado como un colegial, en su presencia...

Debía sentir un gran amor por mí, puesto que había conseguido cambiar totalmente su aspecto desgalichado e insípido hasta conseguir transformarse en una mujer de fascinante atractivo físico.

— Hablaremos mañana — me propuse —. Seré sincero, desplegaré toda mi dialéctica para convencerla de que me sentí torpe, de que no era mi intención humillarla.

Ortiz me despertó muy temprano.

Me ofreció una taza de café negro y dijo:

— Uno de los argentinos ha desaparecido. Se ha. llevado tu rifle y un saco de provisiones.

Me puse en pie de un salto.

— ¿Por qué? — pregunté, perplejo.

— No lo sé — contestó con su clásico encogimiento de hombros —. Quizá tuvo miedo. Los rotos estuvieron hablando largo y tendido anoche. Acerca de la leyenda de Xari-Allak, ya sabes.

Avisamos a todos, menos a Ellen. Ortiz, Frostmann y yo salimos a dar una batida, por si encontrábamos al huido, que se llamaba Erguetería. Pero volvimos una hora después, sin haberle encontrado.

Ellen se levantó poco después y me dirigió una gélida mirada despectiva que acabó con mi proyecto de hablarle claramente. Poco después recogíamos el campamento, y comenzábamos la difícil ascensión a lo largo del peligroso sendero inca.

A las once llegábamos ante la caverna. Desde allí, se divisaba un hermosísimo panorama del profundo valle: el sol apenas penetraba en las sombras aún y las brumas dejaban jirones de niebla sobre los verticales acantilados color ocre.

Las muías fueron descargadas y retiradas al valle. La impedimenta fue acarreada hasta el interior de la gruta V Silveira V su compañero se dispusieron a colocar los explosivos en una grieta profunda.

Luego, todos nos retiramos a la honda oquedad, y esperamos. Sonó, horrísona, la explosión y las entrañas

de la tierra se conmovieron violentamente, al tiempo que de la bóveda se desprendían regueros de tierra.

Salimos unos minutos después. Colosales pedazos de roca de hasta cincuenta toneladas se habían desgajado del acantilado y precipitado al abismo, formando una represa sobre el cauce del torrente que corría ochenta metros más abajo.

Se había formado una oquedad de unos tres metros de diámetro, pero necesitábamos más espacio si queríamos disponer de un campamento Io suficientemente amplio. Así que hablé con Silveira, y le ordené que colocasen nuevas cargas.

Tras la segunda explosión, dispusimos de suficiente espacio, pero tuvimos que emplear el resto del día en limpiar de rocas y tierra el lugar hasta dejarlo en situación de plantar el campamento.

Fue entonces cuando pude echar una detenida ojeada a la gran caverna llamada Xari-Allak.

Su bóveda se elevaba a unos dieciséis metros, tenía una profundidad de unos ochenta, y la anchura era de unos cincuenta. A la derecha, vi unas oquedades labradas en Ia tierra, como a modo de estanterías.

— Sepulcros preincaicos — dictaminó, cerca de mí, Ellen.

Tomé una potente linterna, y me alejé hacia el fondo.

— ¡Yo que usted no me arriesgaría demasiado! — gritó Hans Frostmann —. Las explosiones han resentido la bóveda de la caverna... ¡Mire arriba! ¡Hay una enorme grieta!

Dirigí hacia arriba el chorro de la linterna y comprobé queden efecto, una grieta de unos quince centímetros de anchura recorría como una secante la bóveda.

— Hay una grieta, es cierto — respondí —. Pero hay telarañas de un borde a otro, lo que significa que no la provocaron las explosiones.

— Allá usted — respondió bruscamente Frostmann. Y se alejó hacia la salida. Por mi parte, avancé decididamente hacia el fondo y Ellen me siguió. Los demás quedaron a Ia entrada.

La bóveda disminuía progresivamente de altura, conforme avanzábamos hacia el fondo. A unos veinte metros, me detuve. A escasa distancia de mi, escuché la respiración, un poco agitada de Ellen

— Discúlpame — dije en voz baja

— ¿Qué?

— Lo siento de veras, Ellen. Mi comentario de anoche no pudo ser más estúpido, lo reconozco. Pero se debió únicamente a mi nerviosismo y a mi… emoción. De ninguna forma quise ofenderte.

— ¿De veras? — preguntó ella, anhelante. Y se aproximó unos pasos.

— Pensé anoche en nosotros Ellen. Creo que tengo que avergonzarme de mí actitud para contigo. No comprendo por qué siempre buscaba zaherirte, avergonzarte, ponerte en evidencia...

— Quizá porque yo te provocaba a propósito Jean. Te exasperaba con mi suficiencia, con mis continuas demostraciones de ridícula erudición. . Yo también lamento haberme comportado de modo tan inconveniente — susurró.

— No sé... sí decirte que te quiero Ellen. Tal vez sea prematuro — dije.

— Esperemos. Aún es pronto para que sepas qué es lo que sientes. No te preocupes, Jean: Estoy satisfecha ¿Seguimos adelante? — propuso.

Avanzamos.

La deprimida bóveda descendía hasta bifurcarse en dos galerías, cegadas hasta su parte superior

Me volví hacia Ellen.

— Bien, creo que podemos empezar. Tú dirás donde comenzamos las excavaciones— dije.

— Esas galerías...—Ellen señalo con el brazo extendido—. Me

apasiona imaginar lo que encontraremos ahí debajo.

Salí al exterior y dividí a los hombres en cuatro cuadrillas. Los peruanos tomaron sus picos y palas y comenzaros a cavar, mientras Frostmann, Davis y los argentinos acarreaban el relleno en carretillas, y lo vertían al precipicio.

Habíamos montado tres focos, alimentados por baterías, que iluminaban perfectamente el recinto en su parte más profunda. Fuera, un pequeño grupo electrógeno a gasolina recargaba simultáneamente las baterías que iban descargándose.

Ellen y yo vigilábamos con atención el lugar de las excavaciones. En ocasiones, ella detenía de improviso el trabajo y hurgaba en la tierra, para terminar arrojando, con desilusión, un pedazo de toba o una lasca de piedra.

A mediodía, interrumpimos el trabajo para almorzar. Habíamos vaciado doce metros cúbicos de tierra, y las bocas de dos galerías, muy anchas, eran ya claramente visibles.

Fui el primero en salir a la plataforma... De repente, algo se estrelló, potente a mi espalda y algunos fragmentos de roca salieron disparados.

¡Disparos...!

Sin pensarlo, me dejé caer a tierra. Dos nuevos balazos fueron a estrellarse contra el farallón pétreo. Ellen, que salía en ese momento de la caverna, exhaló un gritito de alarma y se agachó.

Estaban disparando desde la otra ladera del valle. Pero mi vista no alcanzaba a distinguir la silueta del presunto tirador.

Repté hasta el campamento, y tomé mis prismáticos de. largo alcance. Volví a la cornisa y miré.

El que disparaba no era otro que el desertor, aquel argentino llamado Erguetería. Estaba apostado en un lugar preeminente de la abrupta ladera, parcialmente oculto tras un gigantesco cactus.

De nuevo volvió a disparar y dos proyectiles se aplastaron peligrosamente cerca de mí.

¡Naturalmente, el muy bribón se había llevado mi «Remington» provisto de mira telescópica! Lo que no pude comprender entonces fue

el motivo de aquellos disparos. Si el miedo le había impulsado a huir, ¿por qué había subido a la vaguada y trataba de asesinarme?

Saqué el revólver, lo sostuve firmemente y disparé hasta seis veces consecutivas. No tenía la menor esperanza de alcanzarle, pues nos separaban ochocientos metros, v el revólver no era un arma a propósito.

No obstante, mis disparos debieron acercarse mucho a su escondite, porque miré a través de los prismáticos v vi que Erguetería abandonaba su cubil y se escabullía rápidamente.

Al cabo, me puse en pie, y Ellen corrió hacia mí. Estaba pálida.

— ¿Te han... herido? — preguntó, con un trémolo de preocupación en la voz.

— No. Aunque ese canalla estuvo a punto de conseguirlo — respondí.

Los hombres fueron abandonando la caverna, y se reunieron en el campamento. Los peruanos hacían comentarios muy excitados entre sí.

Ellen y yo almorzamos en silencio. La preocupación rondaba mi mente. Sólo disponíamos de armas cortas: mi revólver, la pequeña pistola de Ellen y el enorme «Colt» de Evelio Ortiz. Los demás no tenían armas: yo me había ocupado de ello, antes de abandonar Cuzco, en evitación de las corrientes reyertas, cuando se pasan muchos días en las soledades de las montañas.

Por el contrario, Erguetería poseía mi magnífico rifle y varias cajas de proyectiles, todo lo que me había robado. Es decir, que en cualquier momento podíamos ser víctimas de sus disparos.

Descansamos durante dos horas sin que la paz de aquel idílico valle se viese trastornada. Antes de volver al trabajo, tomé una precaución elemental: aposté a Ortiz entre las rocas, y le entregué mis prismáticos.

— No te muevas de ahí — le indique—. Y vigila con los prismáticos la ladera de enfrente. Si ves a Erguetería, avísame.

A las seis, Ortiz penetró en la cueva para avisarme. Pero no se trataba del desertor: un helicóptero acababa de descender sobre el valle.

Envié a los peruanos abajo. Una hora después, volvieron acompañando a Gustavo Heras, el policía representante del Gobierno peruano. Detrás venía la recua de muías, con las provisiones.

Heras estrechó nuestras manos, \ luego penetró en la caverna, para realizar su inspección. En cuanto salió, le informé de la deserción de Erguetería y del peligro que suponía su presencia próxima, con. mi rifle «Remington» en su poder.

— Le traeré un buen rifle, pasado mañana — prometió el policía —. En cuanto a ese argentino, comprenderá que yo, solo, no puedo buscarle a través de los riscos. Sería como buscar, una aguja en un pajar…

Estuve de acuerdo con él. Heras se despidió de nosotros, y descendió hasta la explanada donde se había posado el helicóptero. Poco después, el aparato cruzó ante nosotros, se elevó y desapareció por encima de la sierra.

Ellen se sentía muy excitada. Acababa de encontrar varias piezas de cerámica preincaica, que limpiaba en aquel momento con suma delicadeza.

—¡Míralas! —me dijo, rebosante de júbilo—. Apostaría a que tienen más de cuatro mil años.

Parecía una niña ilusionada. De repente, sentí la irresistible necesidad de tomarla por la cintura y besar apasionadamente sus frescos labios. Ya estaba dispuesto a hacerlo, cuando Davis y el alemán salieron por la boca de la caverna.

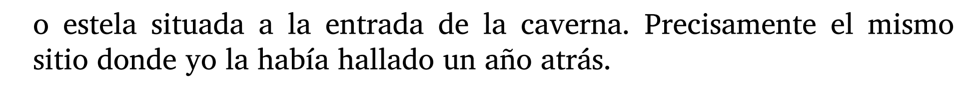
Nos separarnos. La jornada había terminado. Los hombres, sucios y sudorosos, se dejaban caer a tierra, derrengados.

Cenamos al anochecer. Había conseguido que la cena se preparase antes de la noche, con el fin de evitar que la hoguera sirviese de punto de referencia al canalla del desertor.

De repente, advertí que Ellen no estaba en el campamento. Me puse en pie y me dirigí a la caverna, caminando inclinado junto al talud.

Ellen estaba a la entrada de la gruta, con la lupa en una mano, y un bolígrafo en la derecha. En el suelo tenía un grueso cuaderno de notas, en el que de vez en cuando hacía anotaciones.

Lo que tanto llamaba su atención no era otra cosa que aquella roca


o estela situada a la entrada de la caverna. Precisamente el mismo sitio donde yo la había hallado un año atrás.

—¿Qué haces? —pregunté, intrigado.

— ¡Chiisst! —siseó—. Estoy a punto de desentrañar el significado de estos signos preincaicos.

Me senté junto a ella, admirado de la atención que

ponía en la tarea, para lo cual permanecía en actitud de suma concentración.

Se hacía ya de noche, cuando se alzó del suelo y guardó la lupa en un bolsillo.

— ¿Qué...? — pregunté, lleno de interés.

— Vayamos a! campamento. Te leeré allí !< > que he logrado descifrar — respondió.

Los hombres fumaban cigarrillos apoyados en la pared, terminada ya la cena.

Llamé a Ortiz.

— Es preciso montar una guardia — dije.

— Pero los hombres están agotados — respondió.

— Mira, Evelio. Los que hagan la guardia podrán descansar en las primeras horas de la mañana. Pero no estoy dispuesto que a Ergueteria se le ocurra subir al campamento, y nos asesine a todos, mientras dormimos — razoné.

— Está bien. Hablaré con ellos.

Le- seguí. Cuando hubieron escuchado a Ortiz, Frostmann dijo:

— Es razonable. Yo haré la primera guardia.

— Y yo Ia segunda — me ofrecí.

— Yo haré la tercera — terció Ortiz:— ¿Y la cuarta? ¿La' harás tú mismo, Valdés? — preguntó al argentino.

— Bueno — respondió éste, sin interés.

Poco a poco, todos fueron desfilando hacia las tiendas para descansar. Todos menos Hans Frostmann, que montaba ya la primera .guardia, con una linterna en la mano y su enorme machete en la otra.

Ellen me llamó, desde la puerta de su tienda.

— Ven.

Me incliné para poder entrar. Y en seguida olí la sutil fragancia femenina, de la que estaba impregnado el interior de la tienda. Mis sentidos se despertaron inmediatamente, pero ella me ofrecía una silla plegable, y sacaba su famoso cuaderno de notas.

— Es curioso, Jean. Fíjate en las primeras palabras. Dice: «Esta es la casa de descanso del poderoso Viracocha...»

— ¿Viracocha? ¿No es la primera deidad de la cultura religiosa inca?

— Sí. Los incas antiguos creían que Viracocha había llegado a estas tierras montado en un «carro de fuego». Viracocha derramó el bien a manos llenas, inició la prosperidad de la cultura inca y les trajo el maíz: la fuerte de su alimentación. Y luego desapareció.

— ¿Desapareció?

— Se esfumó, literalmente. Pero ahora viene lo sorprendente. La leyenda esculpida en la roca dice más o menos así: «Nuestro señor, Illa Tecce Viracocha, decidió descansar... Nuestro poderoso dios se retiró a la montaña con... muchos de los suyos y... (eligió) para descansar esta gran caverna... El omnipotente, magnánimo y venerable Viracocha (nos) anunció (que) descansaría por espacio de cuatro veces mil rodeos del sol, su signo...

— ¿Qué diablos significa eso? — pregunté, hecho un lío.

— Para los incas, un «rodeo» del sol es... un año. Cuatro veces mil, son cuatro mil. Es decir, cuatro mil años — explicó Ellen, brillantes los ojos.

— Sigue — le rogué, prendida la atención.

— ... «El y los suyos despertarán de su largo sueño y... continuarán su viaje hacia, las... estrellas, derramando el bien y la justicia por doquier».

— ¿Nada más? — pregunté, un tanto desilusionado.

— Hay una advertencia final: «Que ningún hombre turbe el sagrado reposo del excelso Viracocha...»

Dejé escapar un suspiro.

— Una extraña e inquietante leyenda, Pero sólo es eso: una fábula — dije, poniéndome en pie.

Ellen sonrió.

— ¿Quién sabe? — y se incorporó, y rozó mis labios con los suyos.

Mi cuerpo entero vibró, ante aquel íntimo contacto. Y mis brazos se tendieron hacia ella, ansioso.

Pero Ellen me rechazó suavemente.

— Vete Dentro de poco, tendrás que relevar a Frostmann — susurró.

CAPÍTULO VI

Pasé ante Hans Frostmann. me detuve un momento y le dije:

— Despiérteme a ¡as doce.

Contestó con un gruñido, y yo penetré en la tienda común y me dejé caer sobre mi colchoneta. No pude conciliar el sueño: pensaba intensamente en Ellen, la deseaba fervientemente con el pensamiento imaginaba mil locas escenas de amor.

La esfera luminosa de mi reloj marcaba las once y media de la noche cuando, harto va de rebullirme en el sencillo lecho, me incorporé y salí de la tienda con la intención de fumarme un cigarrillo fuera

Me alejé unos cinco metros, saqué mi paquete de cigarrillos y encendí uno. Me había fumado casi la mitad cuando comprendí que... Frostmann haría desaparecido de su puesto de guardia.

En seguida me previne. ¿Ergueteria? Era posible que el desertor

hubiera decidido, finalmente asaltar al campamento. Quizá esperaba encontrar dinero, provisiones, cualquier cosa...

Apagué el cigarrillo, saqué el revólver y eché una ojeada al sendero. Luego encendí la linterna registré las tiendas y volví. Frostmann no estaba durmiendo. ¿Dónde, pues?

¡La caverna! Era el único lugar próximo que me restaba por inspeccionar.

Me escurrí silenciosamente a lo largo del sendero, V me asomé a la entrada de la caverna.

El cono de una linterna iluminaba el interior de uno

de los sepulcros preincaicos situados a la derecha de la gruta.

Avancé despacio, procurando no hacer ruido. A cinco metros de los huecos excavados en la roca distinguí la silueta de Hans Frostmann, que estaba escarbando en el fondo de una de las rústicas criptas.

— ¡Hans! —exclamé—. ¿Qué diablos hace ahí?

Retrocedió rápidamente, y saltó fuera del sepulcro.

Vi un destello metálico en su mano derecha. Y súbitamente, su machete silbó en el aire como un relámpago plateado y golpeó en la roca, acariciándome el cuello.

Confieso que me asusté. Pero en seguida encendí mi linterna y le enfoqué.

— No se mueva, Hans. Le estoy encañonando con mi revólver. Dispararé a matar, si no me obedece — advertí.

Aplastó su espalda sobre los nichos y quedó quieto, deslumbrado por la potente luz de mi linterna.

Me aproximé a él, me elevé sobre las punteras de mis botas, v vi relumbrar algo sobre los cascotes que Hans acababa de sacar del fondo del sepulcro inca.

Tomé aquel objeto en mis manos. Era muy pesado. Su peso no debía ser inferior a los tres kilos. Una mascarilla ritual, un objeto de culto de los incas.

— Tres kilos de oro puro, Hans. Ahora lo comprendo...

— ¿ Qué es lo que comprende? — gruñó.

Volví la cabeza. El largo machete relumbraba a la entrada de la gruta.

Bruscamente, metí el revólver en su funda y solté la mano derecha. Mi salvaje revés agitó violentamente su cabeza. Sus labios comenzaron a sangrar copiosamente.

— Esa rara habilidad suya en el lanzamiento del machete, Hans. Ahora sé que fue usted quien trató de asustarme, en Cuzco — dije.

— Debí haberle matado entonces. Fui un estúpido — bramó, haciendo pantalla con su mano izquierda para evitar los rayos luminosos de mi linterna.

— Fue usted, también, quien puso la iguana en el lecho de Ellen O'Casey, con la tonta esperanza de que ella se atemorizase y cancelase la expedición, ¿verdad?

— No voy a decirle nada, Tallard. Saque sus propias consecuencias. Sin embargo…

— ¿Sin embargo…?

— ¡Aparte esa linterna! Así. Mire, Jean. Creo que usted es un hombre inteligente, práctico… Reflexione. Esa mascarilla inca que acaba de sopesar puede valer, en oro, unos doce mil dólares, aunque su valor histórico sea diez veces superior. Mire esos nichos. Bajo el barro prensado del fondo hay numerosos objetos votivos de origen funerario. Hay oro con esmeraldas y rubíes engastados. ¡Una verdadera fortuna…!

— ¿Qué quiere decir?. Hable claramente — le insté.

— ¿Es que no lo comprende? Le estoy proponiendo que sea mi socio. En cuanto a esa americana, miss O'Casey… a ella sólo le interesan sus cacharritos de cerámica. Será feliz si encuentra una colección de cerámica preincaica. Pero nosotros… podemos hacemos ricos, Tallard. ¡La riqueza está aquí! ¡Al alcance de nuestras manos!

— Está loco, Hans. No creo que encontremos tanto oro — dije, con el fin de sonsacarle.

Frostmann sonrió aviesamente.

— Conque no, ¿eh? Ya que vamos a ser socios, seré sincero con usted: Hace seis meses que estoy cavando aquí. Y he hallado reliquias preciosas, por valor de casi dos millones de dólares, ¿Qué dice ahora? ¿Le parece bien que nos convirtamos en socios?

Moví la cabeza en sentido negativo.

— Usted y yo jamás seremos socios, Hans. Si hallamos algo de valor en Xari-Allak, el gobierno peruano se hará cargo de ello. ¿Es que no lo comprende? Esas riquezas, si existen, no nos pertenecen. Son propiedad del pueblo peruano — le expliqué.

Como había apartado mi linterna, Frostmann debió advertir que mi revólver estaba en la funda, y no suponía un peligro inmediato.

De repente, saltó sobre mí como una fiera salvaje, y trató de hundir mis ojos con su mano derecha, al tiempo que con la izquierda rozaba la funda de mi revólver.

Mi linterna rodó por el suelo. Pero instintivamente, alcé la rodilla derecha y golpeé a Frostmann en los testículos.

No debió ser un golpe muy fuerte, pues aunque oí su

gruñido de dolor e incluso cayó al suelo, se incorporó velozmente y me miró con salvaje furia, al resplandor de la linterna caída en el suelo a unos pasos de distancia.

Un momento después, ambos nos acometíamos salvajemente. Sus puños, duros como piedras, me enviaron dos tremendos trallazos al rostro. Retrocedí, vacilé y caí de espaldas.

Frostmann agarró una piedra de grandes proporciones y avanzó hacia mí lentamente. El relumbre siniestro de sus ojos me anunció su designio reventar mi cráneo al primer golpe.

Yo estaba arrojando sangre por' la nariz y me sentía mareado, incapaz de reaccionar. Le vi venir, no obstante, y comprendí que iba a asesinarme.

En aquel momento, la tierra comenzó a temblar violentamente.

De la grieta que recorría la bóveda cayó un surtidor de tierra y cascotes sobre la cabeza de Frostmann, que retrocedió, aterrado.

— ¡Un terremoto! — balbució.

Las entrañas de !a tierra se agitaban con una vibración impresionante. Allá arriba, en la bóveda, la grieta se abrió espectacularmente.

Una mole de diez toneladas se abatió con .sonoro fragor desde lo alto, y Frostmann, que había estado a punto de morir aplastado debajo, saltó como un conejo V escapó.

Yo no fui capaz de moverme del suelo. Desde el lugar en que me encontraba, pude entrever las voluminosas rocas que se desgajaban de lo alto y rodaban hacia el deprimido fondo de la caverna.

En la bóveda se había abierto una espaciosa abertura, de unos cinco metros de anchura, por la que seguían cayendo tolvaneras de tierra, mezcladas con piedras de regulares proporciones.

Tan súbitamente como había empezado, el terremoto cesó.

De la abertura de la bóveda rezumaban unas gotas de agua.

Me incorporé, totalmente cubierto de polvo, busqué

Ia linterna, y eché una ojeada al pavoroso panorama. La mitad de la gruta había quedado taponada por la tierra y las tocas. Arriba, el goteo se había convertido en un chorro continuo.

En aquel momento, de las alturas se desgajó una gran masa de tierra húmeda y - raíces, y una catarata inmensa se precipitó sobre el fondo.

Salí apresuradamente, al comprobar el gran caudal de agua que comenzaba a inundar la espaciosa caverna.

Aguardé en el sendero unos minutos. Poco después, una caudalosa corriente brotaba de la entrada, y se despeñaba sobre el vacío hasta alcanzar el fondo del barranco.

Corrí hacia el campamento, dispuesto a despertar a todos. Pero me detuve a medio camino: Frostmann podía estar oculto, vigilándome, para rebanarme el cuello a la menor ocasión propicia.

Avancé despacio, llegué a la tienda de Ellen, y descorrí la cremallera que cerraba la entrada.

Ella se irguió bruscamente en la cama. En dos segundos, había empuñado su pistola y me enfocaba ya con su linterna.

— Tranquilízate, soy yo. Déjame Ia pistola, es urgente. Luego te explicaré — le dije.

Ellen dejó la pistola en mi mano, sin más explicación. Cuando salí de la tienda, ella estaba poniéndose el pantalón tejano.

Cautelosamente, me aproximé a las tiendas, y las registré minuciosamente. Frostmann no estaba. Había desaparecido.

Salía de la segunda tienda, cuando Ellen se aproximó.

— ¿Qué ocurre? Me pareció escuchar el rumor de una catarata — susurró.

— Pero... ¿es que nadie ha notado el terremoto? — le pregunté, admirado.

— Un terremoto... No sé. La verdad es que me quedé profundamente dormida — respondió.

Avanzamos hacia la caverna, y le mostré el gran caudal de agua que se precipitaba al barranco desde su entrada. La cascada se estrellaba allá abajo, contra las rocas, con sordo fragor.

— ¡Inaudito!—exclamó Ellen, admirada—. ¿Puedes explicármelo?

Se lo expliqué, en pocas palabras.

— Por eso te pedí la pistola. Mi revólver ha quedado sepultado en el interior de !a gruta. Frostmann ha huido. Pero no me fío de él: algo me dice que volverá.

— ¿Qué podemos hacer? — preguntó Ellen, muy impresionada.

— Vete a la cama. No despertaré a los hombres. ¿ Para qué? Es mejor que mañana estén descansados. Llamaré a Ortiz, y los dos montaremos guardia hasta el amanecer — expliqué.

— Pero, yo...

— Vete, Ellen. Mañana decidiremos lo que sea necesario — insistí.

La acompañé hasta su tienda, y cerré la cremallera.

Luego desperté a Ortiz, y lo saqué de la tienda que ocupábamos en común.

Le llevé hasta la caverna. Evelio contempló las turbulentas aguas que brotaban de las rocas y... se santiguó tres veces.

CAPITULO VII

A !as seis de la mañana, ¡a fuerte corriente que se despeñaba al barranco había decrecido hasta convertirse en un hilillo.

— Voy a dormir un rato — dije a Ortiz —. Apenas puedo tenerme en pie,

Dormí de un tirón cinco horas. Cuando desperté, Ellen me tendió una taza de ardiente café.

Fui a echar una ojeada a la caverna y... un pedazo de plomo arrancó mi sombrero de la cabeza.

Diez metros más allá, Evelio miró a través de los prismáticos y gritó:

— ¡ Frostmann y Erguetería! — volvió a mirar y añadió —: Es Frostmann el que tiene el rifle.

— Ahora ya lo sabemos todo — murmuré para mí —. Hans y el argentino estaban de acuerdo para asesinarme. Y quién sabe si alguno más también.

Recogí el sombrero, lo alcé en el aire y... volvieron a disparar tres veces. Al fin pude escapar de allí, arrastrando mi vientre como un lagarto.

Ortiz sacó su revólver, lo apoyó firmemente en la cornisa, y disparó varias veces. En la ladera frontera se alzaron tres nubecillas de polvo, muy concentradas.

— ¡Se largan! —gritó el peruano, orgulloso de la eficacia de sus disparos.

Ellen se aproximó, agachada

— Es curioso — me dijo —. Sólo disparan contra' ti.

— Naturalmente, mujer. Soy el más peligroso, para

ellos —bromeé—. Si me matan, vendrán aquí y os meterán en un puño a todos. Frostmann cargará sus sacos de oro v en paz.

— ¿Oro?

Le expliqué el hallazgo de la mascarilla funeraria, V Ellen se sintió sumamente interesada por el asunto.

Pero Ortiz se reunió en aquel momento con nosotros, junto al muro.

— Este negocio no vale, gringo. Esos cochinos tiran a matar. Mientras sigan ahí, enfrente, ninguno de nosotros podrá sentirse tranquilo — dijo.

— Tienes razón. Llama a Silveira —-rogué.

Encargué al portugués que colocara unos barrenos

sobre el sendero, a cien metros de distancia. Setenta toneladas de rocas se desprendieron del talud y cerraron el paso.

— ¿Qué vas a hacer? — preguntó Ellen, intrigada.

— Un parapeto que nos proteja de los disparos de esos asesinos. Dejaremos un vertedero de dos metros para desalojar el relleno de la gruta, y podremos seguir trabajando — y me separé de ella para darle las instrucciones precisas a Evelio Ortiz, que se había convertido, de hecho, en nuestro capataz.

Mientras los hombres acarreaban los pedruscos, un tanto recelosos, Ellen se acercó nuevamente.

— Jean, he pensado que... quizá no valga la pena arriesgar tu vida, la mía, las de los demás — dijo.

— ¡A buenas horas!—exclamé, con tono festivo—. ¿Es Ellen O'Casey la que me propone que abandone el campamento?

— Temo por ti, Jean. ¡Si te mataran...!

— ¿Quién dice tal cosa? Vamos, mujercita, eleva el ánimo. Has gastado mucho dinero hasta hoy, y es justo que recibas tu compensación. Seguiremos.

— Como quieras, Jean. ¡Pareces tan seguro de ti mismo! — exclamó.

No hice ningún comentario. Si hubiera sido sincero, tendría que confesar que, en el fondo, me sentía aterrado.

Hacia el mediodía, los trabajadores habían elevado una larga pared de piedra de metro y medio de altura, ·que tapaba suficientemente el tramo de sendero desde el hueco del campamento a la boca de la caverna.

El cocinero peruano comenzó a distribuir la comida. Aproveché aquel momento e hice una disimulada seña para que Ellen me siguiera.

De la gruta apenas salía ya un hililllo de agua. Mi hipótesis respecto a aquel fenómeno era que la "fuerza del seísmo había abierto alguna vía en el fondo de algún lago subterráneo de la alta montaña, a través de cuyo agujero el depósito se había vaciado durante la noche. Sí seguía goteando, bastaría montar una conducción de tubos de plástico desde la bóveda para que pudieran realizarse los trabajos dentro de la cueva.

Entramos. Nuestras botas se hundieron en el blando fango. Rodeamos una gran peña y llegamos a los nichos. Subí, tanteé y mostré a Ellen la preciosa mascarilla de oro macizo.

Ella la contempló, extasiada, dejando escapar grititos de alborozo. Pero yo se la arrebaté de las manos, y la hundí entre los cascotes.

— Si esos hombres supieran que hay oro en estos sepulcros, nos asesinarían por la noche, mientras dormimos. Cuando venga el teniente Heras, se la entregaremos en secreto — dije.

Ellen me miró fijamente. Tomó mi mano derecha y la oprimió.

— Eres un hombre honrado, Jean — susurró, emocionada.

— La honradez es mi peor defecto — bromeé —. Pero salgamos ahora.

Después de almorzar, me reuní de nuevo con Ellen. Nos sentamos aparte, y fumamos un cigarrillo, tras la segura protección del parapeto.

— En fin, ¿vamos a seguir adelante? — le pregunté.

— Si tú estás dispuesto, yo también — respondió, fogosa.

— Pues bien, con los medios de que disponemos ahora, tardaríamos dos semanas en desescombrar la caverna. Luego está el relleno de esas galerías de dos metros de diámetro… He estado pensando en ello, Ellen; incluso he realizado unos cálculos… En una palabra, necesitamos medios mecánicos para vaciar la caverna y las galerías.

— ¿Cómo?

— Vi una cinta transportadora en Cuzco. La movía un motor diesel de mediana potencia. Creo que un helicóptero de transporte podría traer todo eso hasta el fondo de! valle. Después, las muías…

— Haz una nota, describiendo todo lo que necesites — me interrumpió ella—. Mañana llegará mi empleado, con el policía. Le daremos el encargo.

— Todo eso va a costar mucho dinero — observé—. Tu padre…

— Mi madre me dejó seis millones de dólares, de los que puedo disponer como me venga en gana, pero mi padre jamás se negaría a ayudarme, aunque tuviese que arriesgar su fortuna.

— Malcolm O’Casey… Debe ser un gran hombre. ¿Le quieres mucho? — pregunté.

— Le quiero más… desde que me respaldó para conseguir traerte hasta aquí, Jean — respondió con un brillo chispeante en los ojos.

La tomé impulsivamente por los hombros y la besé hasta sentirme saciado.

— Cuando termine esto… — murmuró, jadeante.

— No me siento muy inclinado al matrimonio, querida — confesé.

— ¿Quién lo ha mencionado? Sólo quiero vivir contigo, tenerte cada noche a mi lado — respondió ella, la mano izquierda apoyada en mi hombro.

— Si vivimos juntos, seré yo quien corra con los gastos de casa.

— ¡Protesto! —saltó inmediatamente—. Gastos a medias, es mi condición.

— De acuerdo — respondí, burlón —. Y ahora, déjame preparar la nota de la maquinaria que necesitamos.

Describí con todo detalle la cinta transportadora, aunque desconocía la marca. Y también el motor. De paso, encargué una emisora de radio de alcance medio, por si necesitábamos radiar un mensaje urgente...

En aquel momento yo no podía imaginar que el hecho de disponer del emisor de radio iba a suponer, más adelante, cuestión de vida o muerte.

CAPITULO VIII

Desde e! interior de la galería, yo escuchaba claramente el monótono runrún de la cinta transportadora.

Habíamos vaciado la caverna y avanzado diez metros por el interior de la galería «B», es decir, la situada a la derecha.

A lo largo de aquellos tres días se habían producido algunas novedades,

Ellen había encontrado en el relleno de tierra y tobas volcánicas toda una colección de vasijas de cerámica. También aparecieron frecuentemente utensilios y adornos de cobre e incluso varias ajorcas de oro, todo lo cual era depositado en un cofre blindado, que nos había traído el teniente Heras.

Cuando le entregamos la mascarilla de oro, el policía se sintió muy impresionado.

— Podían habérsela quedado y... yo nunca lo hubiera sabido — dijo.

— No hemos venido aquí a robar, sino a investigar, teniente-- puntualizó Ellen, muy en su papel.

Al día siguiente, un gran helicóptero del ejército peruano tomó tierra en la distante explanada. Diez soldados,. al mando de un capitán y dos suboficiales, ascendieron por el sendero, una hora más tarde.

Los soldados registraron escrupulosamente los sepulcros incas, y hallaron una docena de joyas funerarias, que el helicóptero se llevó en seguida. Durante dos jornadas estuvieron escarbando aquí y allá, pero

finalmente se dieron por vencidos: no encontraron un gramo de oro más.

El capitán dio orden de extraer del cofre las cerámicas y tallas de cobre que Ellen había catalogado escrupulosamente, y los militares se marcharon, excepto cinco soldados y un sargento, los que en palabras del oficial quedaban allí «para cuidar de nuestra seguridad», aunque el verdadero motivo era muy distinto: recoger cualquier hallazgo valioso.

De todas formas, yo me sentía satisfecho. Los soldados disponían de armas automáticas. Su presencia era la garantía de que Frostmann y su compinche no se atreverían a aparecer por las proximidades del campamento.

Los soldados habían plantado una tienda a cierta distancia de las nuestras. Según el capitán, el retén sería relevado cada cuarenta y ocho horas, por el helicóptero de las fuerzas armadas peruanas.

Sin embargo, aquella misma noche surgió un incidente. Yo estaba profundamente dormido cuando escuché el grito de Ellen. Me puse en pie de un salto, y corrí hacia su tienda.

Un soldado forcejeaba con ella. Vi a Ellen con su camisón destrozado y perdí todo control. Aunque el soldado llevaba su enorme pistolón al cinto, le tomé por un brazo, le giré, le golpeé con el canto de la mano en la garganta, clavé mi rodilla izquierda en su estómago, y le hubiera golpeado hasta matarle si el sargento-jefe del destacamento no hubiera aparecido poco después.

Cuando el suboficial se lo llevó, el soldado llevaba la cara empapada de sangre y apenas podía respirar.

Como quiera que fuese, el americano Davis había conseguido una botella de aguardiente. Completamente, borracho, me salió al paso cuando volvía a mi tienda.

— Es usted un completo estúpido. Tallard — me escupió—. Ya hacía tiempo que tenía ganas de decírselo, sí señor. Podíamos habernos enriquecido todos, habernos forrado de oro... ¡y usted llama a los soldados! —hipó violentamente y gruñó—: Uno de ellos quería violar a su patrona, ¿no es cierto? ¿Sabe qué le digo? ¡Que le está bien empleado!

— Váyase a la cama, Davis —hablé entre dientes.

— ¡Estúpido! Pero no se preocupe… Todavía quedan muchas noches. Le aconsejo que vigile bien a su dama.

Mi puño derecho se disparó como una centella, y le alcanzó en la mandíbula. Sonó un espeluznante crujido, y Davis cayó de espaldas y quedó despatarrado sobre el sendero.

Me arrepentí inmediatamente. Davis sólo era un hombre prematuramente envejecido, un vicioso, un individuo degenerado, envilecido, debilitado por el alcohol y las drogas.

Evelio me ayudó a arrastrarlo hasta su jergón. A los pocos minutos, roncaba como un energúmeno.

* * *

El trabajo se desarrollaba a excelente ritmo. Habíamos abandonado la galería «B» para profundizar en la «A».

Con la cinta transportadora funcionando diez horas diarias, avanzamos cuarenta metros.

Aquella mañana, ¡os peruanos estaban picando con ardor, pues Ellen les había prometido una prima extra, por metro cúbico de tierra y piedras desalojado.

De repente, uno de ellos dejó escapar un grito.

Ellen y yo corrimos galería adelante y llegamos al tajo. Los hombres acababan de descubrir un gran agujero de medio metro de diámetro, entre las rocas que taponaban la galería.

— Jeremías estuvo a punto de caer — informó uno de ellos—. Al otro lado está hueco. Hemos metido el cabo de un pico, pero no tocamos nada.

Me asomé con cautela. A través del agujero penetraba una fuerte corriente de aire. Encendí la linterna, miré adentro y no vi nada.

Con grandes precauciones, proseguimos el desescombro. Desde nuestro lado algunas piedras se precipitaban hacia adelante, y se despeñaban con sordo baque en las profundidades.

Ortiz y Valdés trajeron un potente foco, cuando el camino quedó expedito. Nos encontrábamos al borde de una ancha chimenea vertical de unos cinco metros de diámetro, con una caída que estimé en unos treinta metros.

Las paredes, desiguales, indicaban que se trataba de una vía abierta por las aguas subterráneas a través de milenios.

Al otro lado del brocal, una galería menor ascendía casi verticalmente.

Di la mano a Ellen para que se pudiera asomar, y ella se retiró en seguida con un escalofrío de miedo.

— ¿Qué te parece? — preguntó luego Ellen, repuesta de la impresión que la profunda sima le había causado.

— No creo que encontremos nada interesante, si descendemos hasta el fondo — contesté —. La galería desembocará en otra horizontal o en algún lago submarino. Creo que lo más sensato es seguir por la galería «B», si tienes interés en seguir coleccionando tus «cacharritos».

Ellen estuvo de acuerdo. Di a Ortiz instrucciones para que fuera colocada una resistente valla de madera al borde de la sima, con el fin de evitar un accidente fortuito, y la cinta transportadora fue montada en el interior de la otra galería.

Aquella noche nos sentamos a conversar junto a la lumbre del campamento.

En el último relevo del destacamento de soldados, había llegado un fornido y veterano sargento, llamado Benegas, con el que yo hice pronto buenas migas.

Benegas era un hombre de cuarenta y cinco años, autoritario, pero respetuoso, que dominaba sin esfuerzo a sus cinco soldados.

Había traído en su cartera de campaña un viejo mapa de la región, impreso en 1906. Me lo enseñó, y yo me sentí muy sorprendido cuando señaló el lugar donde nos encontrábamos y dijo:

— Aquí hubo un volcán.

Lo pedí el mapa, y lo examiné a la luz de una linterna. En efecto, el altísimo cono a cuya ladera nos hallábamos, estaba marcado con las

palabras Volcán Chiribobl. Una nota en el anverso aseguraba que el Chiribobl había entrado en erupción por última vez a principios de 1800.

No sé por qué experimenté entonces una cierta inquietud. Pero Ortiz me ofreció una taza de café y me olvidé del asunto.

Una hora después, nos fuimos a la cama.

Desperté a las cuatro de la madrugada, empapado en. sudor y con un terrible dolor de cabeza.

Me parecía haber escuchado un alarido. Sin embargo, aunque presté atención durante unos minutos, no llegó el menor rumor hasta mis oídos.

¿Por qué aquel intenso dolor de cabeza? Jamás me había ocurrido antes.

Desvelado ya, me alcé del camastro y abandoné la tienda.

El soldado que montaba guardia estaba apoyado sobre el talud, dormido como un tronco.

— Bonita forma de vigilar — murmuré.

Por simple precaución, decidí echar una ojeada a !a tienda de Ellen, Me aproximé a ella, comencé a elevar la cremallera y susurré:

— No te asustes. Soy yo, Jean.

Pero cuando introduje la cabeza, advertí que el lecho estaba vacío.

Las sienes me zumbaron, mi jaqueca fue en aumento... ¿Un nuevo atentado, otro intento de violación?

Retrocedí velozmente hasta mi tienda, y tomé el rifle que el teniente Heras me había proporcionado.

Con el arma en la mano derecha y la linterna en la izquierda, me dirigí a la entrada de Xari-Allak.

Me detuve, estupefacto, antes de llegar. De la enorme boca de la caverna brotaba un raro resplandor azulado.

Entonces oí aquel rumor acompasado y profundo; Flagg, flagg, flagg... parecía el eco de la respiración de un gigante o de un animal

muy voluminoso.

Él terror me mantuvo inmóvil durante unos segundos. Luego el sonido jadeante se alejó, y la luz comenzó a extinguirse paulatinamente.

Sólo el temor de que Ellen pudiera estar corriendo un grave peligro me impulsó a seguir adelante.

Penetré en la caverna. Allá, en el fondo, una bola de luz azulada desaparecía ya a través de la galería «A».

Un espanto frío y denso recorro mi epidermis. ¿Qué significado podía tener aquella insólita luminosidad errante...?

Mis rodillas chocaron entre sí, temblorosas. El instinto de conservación obraba por mí.

«¡Aléjate, huye¡», parecía decir.

Pero yo avancé locamente a Io largo de la gruta hasta alcanzar la boca de la galería «A».

Como el pasadizo describía una prolongada curva, al tiempo que descendía hacia las profundidades, no pude ver otra cosa que el tenue resplandor de aquella extraña luz azul.

— ¡Deténgase! —grité—, ¡Deténgase, quien quiera que sea!

Mi grito retumbó medrosamente en las profundas entrañas de la tierra.

Entonces la luz se detuvo.

Yo corrí y corrí cuesta abajo hasta que, de repente, aquella bola luminosa me cegó.

A contraluz distinguí una oscura silueta gigantesca.

La figura tenía proporciones humanas, y debía medir no menos de tres metros de altura.

La criatura llevaba algo en sus brazos, un bulto...

La potente luz azulada se filtró a través de un fino tejido color rosa... El camisón de Ellen.

Porque era el cuerpo de Ellen lo que aquel individuo gigantesco portaba en sus brazos.

Era cierto que yo me sentía aterrado. Pero por encima del miedo, se alzó mi desesperación.

— ¡Suéltela!—rugí—. ¡Suéltela ahora mismo o disparo!

Alcé el rifle.

La bola luminosa de un metro de diámetro atravesó la silueta del gigante y avanzó hacia mí.

Noté que su resplandor atravesaba mi cuerpo y sentí una profunda angustia.

El rifle cayó de mis manos, que carecían ya de fuerzas para sujetarlo. Y mis rodillas se doblaron simultáneamente.

Entonces la bola luminosa me rodeó. E inmediatamente noté que mi sangre se helaba en las venas y que mi corazón decrecía sorprendentemente el ritmo de sus latidos.

Mis dientes castañetearon, y una tremenda vorágine agitó-mi cerebro.

«Voy a morir», fue mi último pensamiento, antes-de desplomarme sobre e] húmedo piso de la galería «A».

CAPITULO IX

Una mano helada acarició mi frente.

— ¡La Muerte...! —murmuré, aterrado.

— vamos, sosiégate, gringo — dijo alguien, con neto acento peruano.

Quise abrir los ojos y me fue imposible.

Mis manos palparon, enloquecidas, los párpados, cubiertos de una seca costra.

— ¡Estoy ciego, ciego! —clamé.

Alguien que olía fuertemente a tabaco, se inclinó sobre mí.

— Calma, señor Tallard — era la voz del sargento Benegas —. No creo que esté ciego. Tiene los párpados cubiertos de espesas legañas, que le impiden ver. Están cociendo el agua para arrancar esa costra. No tema, relájese. Así.

Alguien — Evelio Ortiz, según supe poco después — empapó mis ojos con agua tibia. Poco a poco, las costras, reblandecidas, fueron apartadas de mis párpados hasta que me fue posible abrirlos.

Volví a cerrarlos, en seguida, absolutamente deslumbrado por la fuerte luz del sol.

— Parece una conjuntivitis aguda — comentó Bene gas —. Le traeré mis gafas de sol.

Entorné los párpados. Me encontraba a !a sombra junto al talud del sendero, muy cerca del campamento Evelio Ortiz permanecía junto a mí, solícito. No me fue difícil advertir que se sentía muy preocupado.

— ¿Ellen? — fue lo primero que pregunté.

— No puedo ocultártelo, Jean: ha desaparecido. Los

soldados, a! mando del sargento Benegas, la han estado buscando durante tres horas. No la han encontrado.

Me incorporé bruscamente. Pero Ortiz me sujetó.

Entonces llegó Benegas y colocó sus excelentes gafas de sol sobre mis ojos. A pesar de los oscuros cristales, mis ojos parpadeaban, escocidos.

— ¿Qué ha pasado? — exclamé—. ¡El parapeto ha desaparecido!

— Se ha producido un fuerte seísmo de madrugada. El temblor de tierra destruyó la pared de piedra — me informó el sargento.

Dificultosamente me puse en pie, y me apoyé en el acantilado. Evelio me sostenía con fuerza por un brazo.

— Es el Chiribobl — opinó Benegas —. Parece que el volcán vuelve a entrar en erupción. Esta mañana, cuando buscábamos a miss O'Casey, hemos visto brotar una delgada columna de humo, en su

cráter.

Hacía un calor terrible, bochornoso. Mis ropas estaban empapadas de sudor, pero mis manos permanecían frías como el hielo.

— ¿Qué esperamos aquí? — bramé, de repente — ¡Hay que buscar a la señorita O'Casey! ¡No puede habérsela tragado la tierra!

— No es ella la única que falta — dijo Evelio, con voz grave—. También han desaparecido Valdés y e! gringo Davis.

— No me preocupan ellos. Habrán ido a reunirse con ese bandido de Frostmann y con su cómplice, Ergueteria. Sí, eso es: Valdés debió echar algún narcótico al café, anoche. Mi cabeza se convirtió en un volcán.

— Otro tanto nos ocurrió a nosotros — asintió Benegas —. Desperté de madrugada, con un horrible dolor de cabeza...

Evelio me miró fijamente.

— Aún no nos has dicho qué te ocurrió. Te encontramos en la galería «A», sin sentido. Tu rifle estaba a tu lado... ¿Cómo llegaste hasta allí, por qué fuiste a la caverna de madrugada...? — preguntó.

Expliqué, como mejor supe, cuanto me había ocurrido la noche anterior. Pero a medida que avanzaba en mi relato, advertí las incrédulas expresiones de Ortiz -y de su compatriota el sargento Benegas.

— ¡Un gigante de más de tres metros de estatura...!

— exclamó el suboficial, escéptico.

— Creo que bebiste más de la cuenta anoche, viejo

— exclamó Evelio, indulgente—. Tuviste una pesadilla O tal vez, aunque no lo sepas, padeces de sonambulismo..'.

— ¡No bebí una sola gota de alcohol! —protesté, encolerizado—. Tampoco soy un sonámbulo. Por otra parte...

— ¿Qué?

— Es muy sospechoso que Valdés y el americano ha van desaparecido anoche precisamente. Escúchenme, vamos a realizar una inspección en la galería «A». No es necesario asustar al resto de los

hombres. Podemos ir nosotros tres.

— No estás en situación de fatigarte demasiado, viejo— opuso Evelio—. Apenas puedes sostenerte sobre tus piernas.

— ¡A pesar de ello! —exclamé—. Compréndelo, Evelio: no puedo permanecer cruzado de brazos. Ella., puede correr un grave peligro, quizá…

Ortiz oprimió mi hombro con suavidad.

— Está bien, echemos un vistazo — propuso.

Ortiz puso el grupo electrógeno en marcha, tomamos dos focos y penetramos en la galería «A».

Mientras avanzábamos, mis ojos, lacrimosos, contemplaban con recelo el fondo de la galería.

Al fin llegamos abajo. Evelio, que nos precedía, se detuvo en seco.

— La cerca que colocamos sobre el precipicio está rota — advirtió —. ¡Mira los troncos…! ¡Parece que estén chamuscados…!

Nos detuvimos al borde de la profunda chimenea Una extraña sensación me embargó.

Noté una leve vibración, como si las entrañas de la tierra hubieran comenzado a latir con vida propia.

Por otra parte, la temperatura era muy elevada, y el ambiente, húmedo y sofocante.

Ortiz, que se agarraba a los restos de la cerca, miró hacia el fondo.

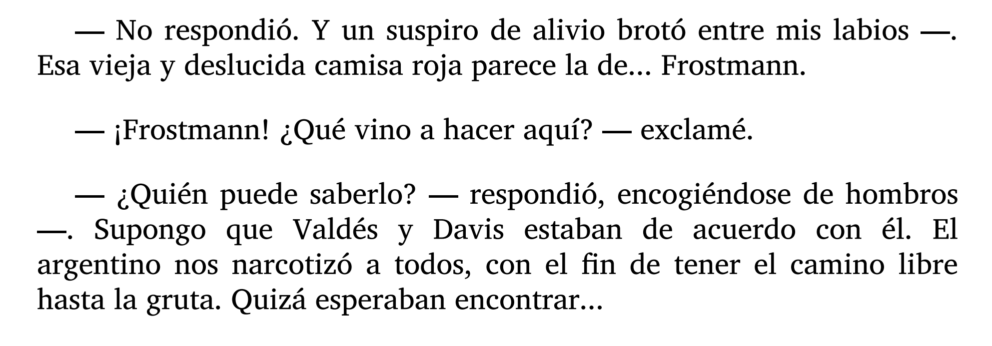
— ¡He visto tres cuerpos allá abajo! ¡No! ¡Son cuatro! — exclamó..

El curtido sargento Benegas se inmutó.

— A ver, déjame mirar — susurró. Y se inclinó hacia adelante.

Cuando se volvió hacia mí, su rostro moreno tenía un tono ceniciento que me impresionó profundamente.

— ¿Ellen? — pregunté a Ortiz, con un trémolo de angustia en la voz.



— No respondió. Y un suspiro de alivio brotó entre mis labios —. Esa vieja y deslucida camisa roja parece la de... Frostmann.

— ¡Frostmann! ¿Qué vino a hacer aquí? — exclamé.

— ¿Quién puede saberlo? — respondió, encogiéndose de hombros —. Supongo que Valdés y Davis estaban de acuerdo con él. El argentino nos narcotizó a todos, con el fin de tener el camino libre hasta la gruta. Quizá esperaban encontrar...

— ¿Oro?

— Eso es lo que pienso — contestó.

— Ta! vez se despeñaron en la oscuridad — dije.

— No. Hay una gruesa cuerda que llega hasta el fondo.

Me asomé con precaución.

Allá en el fondo se veían los cuerpos desmadejados de cuatro personas, amontonados unos sobre otros.

— Hay que descender — dije —. Prepara una escala. Evelio.

— Pero...

— Si nadie quiere acompañarme, yo bajaré solo — decidí.

Eché a andar' hacia la caverna. Benegas me detuvo por un brazo.

— La situación es difícil, señor Tallard — dijo—. Creo que mi deber es informar a las autoridades. ¿Puedo utilizar su radio?

— Haga lo que crea más conveniente — le dije.

En el campamento, Evelio me obligó a engullir un plato de comida. Malditas las ganas que sentía de comer.

pero lo cierto es que, después de haber tragado los alimentos, comencé a sentirme mejor.

La escala estuvo preparada una hora después. Entre tanto, mis pensamientos se desarrollaban tumultuosamente en mi cerebro.

Pensaba constantemente en Ellen, en la suerte que podía haber corrido en brazos de aquel... gigante.

Y a fin de cuentas, ¿no sería todo el resultado de una horrible pesadilla? Quizás Valdés había mezclado en el café de la noche anterior algún producto con poderes alucinógenos...

Ellen O'Casey era un tanto caprichosa, una mujer de imprevisibles reacciones. Quizá hubiera salido a dar un paseo por el valle, quizá...

«Es estúpido pensar algo así —me dije—. Ellen me hubiera prevenido, antes de abandonar el campamento.»

Ortiz se acercó a mí.

— Voy contigo' dijo.

Hablamos un momento con Benegas, que estaba intentando establecer comunicación radiofónica con Cuzco, y penetramos en la cueva.

Evelio llevaba la metralleta del sargento Benegas. El arma en sus manos le daba seguridad, una cierta sensación de poder, pero... La noche anterior yo disponía de un potente rifle, que de nada me valió.

Llegados al final de la galería, nos inclinamos, clavamos cuatro gruesos clavos de acero en la roca viva, y anudamos los extremos superiores de la resistente escala, tras lo cual Evelio la dejó caer hasta las profundidades.

— ¿Te sientes bien? —preguntó, dirigiéndome una penetrante mirada.

— Adelante -—respondí.

Ortiz tomó un foco y comenzó a descender. Yo cogí el otro y le seguí.

Un vapor húmedo y sofocante ascendía desde el fondo del pozo, hasta tal extremo que muy pronto los peldaños metálicos de la escala se tornaron sumamente resbaladizos.

En menos de cinco minutos, llegamos hasta el fondo.

Fue entonces cuando echamos una medrosa mirada

a !a ancha galería que se dirigía hacia el sur. A simple vista, dirigiendo nuestros focos hacia las tinieblas, observamos "que aquel pasadizo natural se bifurcaba en otras tantas galerías subterráneas, de unos dos metros de diámetro.

Sus paredes brillaban como el vidrio.

— Yo diría que son... chimeneas del volcán — murmuró Ortiz, sin disimular el temor que le embargaba.

El fondo del pozo estaba impregnado de un hedor nauseabundo. Los cuatro cadáveres amontonados sobre su fondo comenzaban a corromperse, debido, sin duda, a las altas temperaturas de hasta cuarenta y ocho grados, que medimos a aquella profundidad.

Nos volvimos, con nuestros focos en la mano.

El cadáver que sobresalía sobre el montón era el de Hans Frostmann. Sus facciones estaban deformadas, chamuscadas, abrasadas.

— ¡Fíjate* —exclamó Ortiz, demudado—. En su rostro. Es como... las huellas de dos grandes manos.

Era cierto.

Su cuadrado rostro aparecía marcado por profundas huellas de... manos. Pero unas manos cuyos dedos medían quince centímetros de longitud.

Desgarramos su deslucida camisa roja. No había agujeros de bala en su pecho ni en su vientre, ni ninguna otra herida. La única señal eran las terribles quemaduras del rostro.

Los cadáveres que yacían bajo el de Frostmann correspondían a Hubert Davis, Roto Valdés y el desertor Erguetería.

Los cuatro ostentaban idénticas marcas de profundas quemaduras en el rostro. Quemaduras con las siluetas de dos enormes manos humanas.

En algún lugar lejano se dejó oír una especie de trueno, que repercutió débilmente en las paredes del pozo y las galerías que partían de él.

Venciendo nuestra repugnancia, apartamos los cuatro cadáveres y los apoyamos a un extremo, sobre e! muro de lava solidificada.

AS mover el cuerpo del robusto Erguetería, una de

las piedras que habían caído al fondo al desescombrar la galería «A» rodó por el suelo.

¿Qué es eso? — preguntó Evelio.

Me volví. Algo brillaba con fulgor dorado entre los escombros. Me incliné y lo tomé en mis manos.

Era una estilizada figura humana fundida en oro macizo con un pedestal engastado en purísimas esmeraldas.

Aquélla era la imagen del dios Viracocha. Según calculé, pesaba algo más de cinco kilos.

CAPITULO X

Hubo un relumbre en los ojos de Evelio Ortiz.

— ¡Chucha!—exclamó—. ¡Debe valer unos cuantos miles de dólares!

Su codicia se había despertado súbitamente al resplandor del oro y las brillantes piedras preciosas.

— Es nuestra, ¿no? — clamó, excitado —. ¡La hemos encontrado nosotros, es tuya y mía, gringo! ¿No lo comprendes? ¡No tendré que mendigar más un sucio trabajo durante el resto de mis días! Mi mujer, mis hijos, no volverán a pasar hambre.

De un manotazo trató de arrebatarme la estatuilla, pero yo se la hurté velozmente.

— La entregaremos al sargento Benegas — dije, mirándole fijamente —. Irá a parar al tesoro nacional de la República del Perú. Es lo justo.

— ¡No!—gritó como un energúmeno. Y saltó hacia la próxima galería, separándose fulminantemente de mí.

Apretaba la metralleta entre las manos, y sus facciones estaban tensas. Sentí miedo, debo confesarlo, pues parecía firmemente decidido a enviarme una ráfaga de metralleta.

— ¡Evelio!—exclamé, con reproche—. Somos amigos. ¿0 no?

Bajó el cañón del arma, dejó escapar el aire contenido en sus

pulmones e inclinó la cabeza. Luego se pasó la mano izquierda por la sudorosa y brillante frente bronceada.

— Lo siento, viejo —murmuró—. Tienes razón. Por un momento...

Maldije mentalmente el poder de atracción del oro, capaz de borrar fulminantemente ¡os más firmes lazos de amistad.

— Te comprendo, Evelio — le dije—. Y ten en cuenta esto: si hallarnos con vida a Ellen, ella sabrá compensarte.

No dijo nada. Ortiz se sentía conturbado y arrepentido de su violenta reacción de unos momentos antes.

— Voy a subir — le dije. Y puse la imagen de Viracocha en el suelo —. Ordenaré a los trabajadores que nos ayuden a sacar estos cadáveres.

— ¡Yo les ayudaré! —resonó una voz en las alturas. Evelio y yo miramos hacia arriba, y vimos al sargento Benegas, que nos observaba con una extraña expresión —. Pero quiero participar en el hallazgo.

Reflexioné brevemente.

Benegas había visto la estatuilla, y también su codicia se había desatado, al parecer. ¿De qué valdría seguir ocultando aquel hallazgo? ¡Dentro de un momento, la sabrían todos los hombres que quedaban arriba,..!

— Muy bien, por mí pueden hacer con ese pedazo de oro lo que les venga en gana — respondí, malhumorado—·. Haga venir a sus soldados y a nuestros hombres. Los necesitamos.

Benegas desapareció.

Un momento después, los peruanos, Silveira y Mu raes, el argentino Sierra y los soldados, se asomaban al profundo pozo, con ansiedad.

— ¿Qué quiere que hagamos? —preguntó el sargento.

— Que bajen todos—-dije—. Con dos de sus soldados que queden arriba, hay suficiente.

Los primeros en descender por la escala fueron los dos portugueses, seguidos de Benegas y sus soldados. Luego bajaron todos hasta que arriba, en el brocal, sólo quedaron dos de los militares.

En cuanto estuvieron en el fondo, tomaron en sus manos la imagen dorada de la deidad inca, la sobaron, muy excitados, y se la pasaron de unas manos a otras, al tiempo que prorrumpían en exclamaciones acaloradas :

— ¡Oro! ¡Oro y esmeraldas!

— ¡Sí! ¡Y debe haber muchas más!

— ¡Busquemos! ¡Podemos hacernos ricos!

— ¡Apártate! ¡Déjame verla!

No habían reparado siquiera en los cuatro cadáveres que nos contemplaban tétricamente apoyados sobre el muro rocoso.

Me sentí empujado con fuerza, por aquel grupo de locos, Al retroceder, el tacón de una de mis botas se hundió en la húmeda tierra. Miré instintivamente y advertí un brillo dorado.

Rápida y disimuladamente, tapé aquel objeto, arrojando sobre él un montoncito de tierra.

Mi cerebro funcionaba a toda velocidad. Pensaba que, probablemente, los antiguos incas habían arrojado desde lo alto de la galería «A» — miles de años antes --aquellas ofrendas en metales preciosos, como símbolo de homenaje a su todopoderoso Viracocha.

Si ello era cierto, podía presumirse que bajo las rocas y relleno que había caído desde lo alto al fondo del pozo, podrían hallarse numerosas de aquellas figuras de oro y piedras preciosas. Si los tipos que ahora se peleaban salvajemente por tener en su mano la imagen de Viracocha, descubrían el posible yacimiento que debía existir bajo nuestras plantas, entre ellos se desencadenaría una salvaje pelea, que terminaría en múltiples asesinatos...

— No os entretengáis con pequeñeces — exclamé, elevando la voz para hacerme oír por todos—. Probable-mente, en algún lugar de estas galerías encontraremos verdaderos montones de oro.

Cambié una mirada con Ortiz. El debió comprender inmediatamente mi intención, porque se apresuró a intervenir.

— ¡El gringo tiene razón! —gritó—. Si en cuanto bajamos, encontramos esto, ahí dentro debe haber toneladas de oro y piedras preciosas.

— Está bien — Benegas retenía entre sus manos la imagen de Viracocha—, ¡busquemos! ¡Yo guardaré este pedazo de oro!

Sus soldados, rota ya la disciplina, intentaron arrebatarle violentamente la estatuilla.

Viendo que la única forma de hacerse oír y obedecer era utilizando la violencia, arrebaté la metralleta de manos de Ortiz, y disparé una corta ráfaga hacia las alturas.

Inmediatamente, todos se volvieron, entre excitados v amedrentados.

— ¡Oídme!—grité—. Sería absurdo que os mataseis por un pedazo de oro, cuando todos nosotros podemos hacernos mil veces ricos. Será mejor que os calméis y que oigáis mis instrucciones... Bien, nos dividiremos en tres grupos, y recorreremos las galerías. Y alguno de estos grupos, si encuentra algo, disparará dos veces Dentro de dos horas, todos nos reuniremos aquí. ¿Estáis de acuerdo?

Nadie respondió, pero parecía evidente que todos iban a dejarse guiar por mí. Rápidamente, dividí a los trece hombres que permanecíamos abajo, en tres cuadrillas.

— Yo dirigiré la primera, el sargento Benegas, la segunda, y el capataz Ortiz la tercera. Ahora, adelante.

Eché a andar por la galería de Ia izquierda. Los cables de los focos no daban más de sí, y quedaron dirigidos hacia las profundas y oscuras galerías, mientras los grupos de exploración se servían de linternas a pilas.

La galería a través de la cual caminábamos Silveira, Moraes, el argentino Sierra y yo, descendía continuamente a juzgar por lo ligero de nuestro paso.

Por lo demás, la temperatura iba in crescendo: mi pequeño termómetro marcaba ya cincuenta y dos grados centígrados.

A través del sinuoso pasadizo, habríamos avanzado unos doscientos metros cuando nos vimos obligados a detenernos bruscamente: en una ampliación del camino subterráneo, la galería se dividía a su vez en otras tres direcciones. Dos de ellas descendían siempre en la misma dirección, y una más amplia se elevaba a la derecha.

— ¿Por dónde seguimos? — preguntó Silveira, indeciso —. ¿Nos

separamos?

Me apoyé en el muro. Abrasaba.

— Creo que lo más sensato es que sigamos unidos — propuse. Pedí a Silveira un trago de agua de su cantimplora: abrasaba—. Registraremos la que sube a la derecha. Luego, ya veremos.

Proseguimos el camino. La galería que había escogido se elevaba constantemente, y nuestros pulmones parecían a punto de estallar. El aire estaba caliente y enrarecido y pronto comprendimos que debíamos volver sobre nuestros pasos, si no queríamos perecer intoxicados.

De vuelta a la pequeña rotonda, descansamos un momento y bebimos el ardiente brebaje en que se había convertido el agua de las cantimploras.

De las dos galerías que descendían, elegimos la de la derecha, a través de la cual soplaba una corriente de aire. Habríamos caminado a lo largo de ella poco más de cinco minutos, cuando el camino volvió á bifurcarse en otras tres galerías, de parecidas dimensiones.

— ¡Cristo da piedade! — gruñó Silveira—. ¡Esto no acaba nunca!

Tomamos por la galería del medio. Mi termómetro marcaba cincuenta v seis grados centígrados.

Yo me había despojado de la camisa y la camiseta Los que me acompañaban incluso habían prescindido de los pantalones. Las prendas quedaban detrás de nosotros, señalando el ardoroso camino que seguíamos.

Algún tiempo después, nos deteníamos en una caverna de unos treinta metros de diámetro y bajo techo.

A la luz de las linternas, contemplamos, desesperados, la media docena, de pasajes subterráneos que partían en todas direcciones.

«¡Dios mío! —pensé—. Se trata de un verdadero dédalo, ¿Qué camino seguiremos ahora?»

Opté por dejarme caer al suelo, con el fin de recuperar el aliento. Pedí un trago de agua a Silveira, pero el portugués quitó el tapón de su cantimplora y la invirtió: no cayó una sola gota.

Ninguno de los otros llevaba agua, pero todos sudábamos copiosamente en las profundidades de aquella infernal sauna.

Transcurrieron unos minutos. Miré mi reloj: era la una y cinco, y habíamos emprendido la exploración a... ¡las once de la mañana!

— Apagad las linternas — les aconsejé —. Mientras descansamos, no necesitamos luz. Si se gastan todas las pilas, ¿cómo hallaríamos el camino de regreso, en medio de las tinieblas?

Un escalofrío de pánico nos recorrió a todos, al reflexionar sobre aquella idea. ¡Podíamos quedar todos atrapados en la red de galerías subterráneas, y ninguno había imaginado tal posibilidad!

En la oscuridad, aguardamos aún unos minutos, respirando afanosamente el escaso oxígeno de las profundidades.

Fue entonces cuando escuchamos un rumor lejano que, poco a poco, fue acercándose.

¡Pasos!

— ¿Quién... quiénes serán? — susurró Silveira.

Oí el chasquido del fusil cuando el portugués introdujo una bala en la recámara.

Noté que los tres hombres que me acompañaban tensaban sus músculos sudorosos. Y yo mismo me erguí lentamente contra la roca.

Se oyó un siseo apagado, y luego un rayo de luz se introdujo en la caverna.

Silveira jadeó. Estaba a punto de disparar su fusil

— ¡Quieto!—susurré a su oído, tomándole por un hombro.

—Pero...

— Calma.

Los pasos se aproximaron. Una silueta se recortó en la boca de una de las galerías.

Como un solo hombre, encendimos nuestras linternas y enfocamos a la misteriosa silueta.

Una metralleta brilló delante del foco de una linterna.

¡Eran Ortiz y sus cuatro peruanos...!

Silveira relajó su dedo índice. Habíamos estado a punto de morir. Si el portugués hubiera apretado el gatillo de su fusil, Ortiz nos hubiera abatido a los cuatro, de una sola ráfaga de su metralleta.

CAPITULO XI

Evelio dejó escapar un profundo suspiro.

— ¡Chucha! — exclamó —. ¡Buen susto me habéis dado, gringo!

Sentí ganas de reír locamente, pero ninguna carca jada brotó de mis labios. Sin embargo, nosotros habíamos pasado tanto miedo como ellos.

— ¿Tenéis agua? — fue mi primera pregunta.

Evelio me tendió una cantimplora, de la que bebí

un largo trago, a pesar de que el agua estaba tan caliente que no servía para quitar la sed. De todas formas, era preciso beber, si no queríamos deshidratarnos.

— También nosotros nos quedamos sin agua — me explicó Ortiz—. Pero tuvimos la suerte de encontrar un hilillo de agua que se perdía en una grieta, y llenamos nuestras cantimploras. ¿Encontrasteis algo?

— Nada — respondí, desesperado—. ¡Este maldito laberinto...!

— Volvamos — propuso cautamente Silveira —. O moriremos todos en este condenado agujero.

Moraes asintió. Sierra y los peruanos afirmaron que no seguirían adelante.

— En realidad, tienen razón — expuso Ortiz —. Todos estamos extenuados, al límite de nuestras fuerzas. ¡ Este maldito calor...! Apenas se puede respirar aquí abajo, y todos nos sentimos desfallecidos. Volvamos, Jean. Repondremos fuerzas en el campamento, y más tarde podremos volver a este infierno, si es que

somos tan locos como para eso...

Pensé en Ellen, Y me mordí los labios para impedir que de mi garganta brotase un sollozo desesperado.

Yo no había guiado a aquellos locos en busca de riquezas. Sencillamente, me había valido de su codicia para correr en busca de Ellen O'Casey.

Y ahora...

— De acuerdo —dije—. Volvamos.

Sentía una intensa amargura, cuando desanduvimos el camino. Mi desesperanza era tan profunda que mis piernas avanzaban mecánicamente, sin que en ello interviniese yo conscientemente.

Intenté animarme, sin embargo. A! fin y al cabo, ¿qué pruebas tenía yo de que Ellen se encontrase en algún lugar de aquel terrible laberinto de pasajes subterráneos...?

No seguíamos el itinerario que habíamos traído a nuestra venida. Por el contrario, desandábamos la ruta seguida por el grupo de los peruanos: a través de ella debíamos cruzar junto a! pequeño manantial, lo cual nos permitiría volver a llenar las cantimploras de agua caliente.

Ortiz, que dirigía la marcha, se detuvo, de repente.

Le vi inclinarse sobre el suelo, y recoger algo. Luego se volvió a mí y me lo mostró: era una zapatilla de Ellen.

La tomé en mis manos, muy excitado.

— Esta es la prueba! —grité—. ¡Ella está aquí, en alguna parte:

Sierra me miró, sin interés.

— ¿Y qué? — gruñó—. ¿Qué diablos nos importa a nosotros la yanqui?

Sentí ganas de echarle las manos al cuello, pero me contuve.

— Cálmate, gringo — me recomendó Evelio —. Si te empeñas, tú y yo volveremos más tarde,- mañana quizá.

Durante el regreso, nos equivocamos de galería en varias ocasiones,

y hubimos de retroceder hasta encontrar la dirección correcta, en otras tantas.

El paso se volvía cansino, arrastrando, pues nuestras fuerzas estaban a punto de extinguirse.

Por fortuna, a medida que ascendíamos, el aire de las galerías era más rico en oxígeno.

Al fin, dimos vista a los cadáveres hacinados sobre los muros del pozo.

Oí una maldición. Era Ortiz quien gritaba. Se volvió hacia mí, y señaló a las alturas.

— ¡Esos malditos huevones!—exclamó—. Han retirado la escala. Y también la soga. Y han parado el grupo electrógeno: los focos están apagados...

Me abrí paso a trompicones entre los hombres que componían el grupo, y llegué al fondo del pozo.

Evelio tenía razón. Los dos soldados que dejásemos de retén arriba, habían retirado la escala y la soga utilizada por Frostmann y sus compinches, la noche anterior.

Ahora nuestro camino hacia arriba estaba cortado Nos habían encerrado en una verdadera ratonera.

— ¡ Esos cochinos...! —murmuré—. Pero ¿por qué... por qué lo han hecho?

Ortiz dirigió una expresiva mirada al fondo del pozo. Las piedras aparecían cuidadosamente apiladas a un lado y otro de la galería, y la tierra aparecía esponjosa y revuelta.

Discretamente, Ortiz no hizo ninguna otra alusión a ello, pero yo entendí fácilmente lo que había ocurrido: los dos soldados habían descendido hasta el pozo, quizá habían encontrado casualmente alguna figurilla de oro, y se habían puesto a cavar codiciosamente, hasta encontrar suficiente botín.

Luego... con el fin de evitar compartir su tesoro con los demás, habían retirado la escala, con lo cual nos condenaban a una horrible agonía por inanición.

— Ej una bromita — rió Jeremías, uno de los peruanos —. Esos guasones se aburrían allá arriba, y nos gastaron una bromita...

De repente, se quedó serio. Y luego comenzó a gritar > gritar destempladamente, insultando y llamando a los soldados con desesperación.

Poco a poco, todos fuimos uniendo nuestras voces a la suya, hasta que finalmente callamos, enronquecidos.

Los cadáveres de los cuatro hombres hedían intensamente ya, por lo cual retrocedí hasta la galería, y me dejé caer pesadamente al suelo, Evelio me siguió un momento después, y descansó a mi lado.

Alguien más se aproximó a nosotros: Sierra.

Me miró en silencio, y luego barbotó:

— Usted tenés la culpa, gringo. ¡Sí! El insistió en que nos alejásemos de aquí... ¡Y a él sólo le interesaba la linda yanqui!

Todas la miradas confluyeron en mí. Me contemplaban con desprecio, con rabia y con odio.

Busqué razones para tranquilizarles.

— ¿Por qué asustarse? — exclamé, con el tono más convincente de que fui capaz—. Mañana llegará el helicóptero y el teniente Heras. Subirán al campamento y cuando lo vean abandonado, vendrán aquí y nos -sacarán. Tendremos que aguardar unas horas. Si sabemos conservar el ánimo, saldremos de aquí con vida.

Sierra se calló. Pero su rostro permanecía ensombrecido.

Miré la hora. Eran las seis de la tarde. ¡Y pensar que tendríamos que esperar hasta las once o las doce del día siguiente...!

Evelio me ofreció un cigarrillo. No tenía ganas de fumar, pero lo acepté, con el único fin de calmar mis nervios.

Mientras me ofrecía la llama de una cerilla, Evelio se aproximó a mí y susurró:

— No pretendo inquietarte, gringo. Pero, ¿te has detenido a pensar en que el sargento Benegas y sus tres soldados debían haberse reunido ya con nosotros en este mismo lugar?

Me agité, inquieto.

— A estas alturas, podemos imaginar cualquier cosa — respondí en el mismo tono—. Incluso que Benegas retrocediese en cuanto nosotros nos alejamos. Es posible que sus soldados y él escarbasen ahí para sacar cuanto había. Luego... se largaron, dejándonos atrapados.

—No sé. Algo me dice que Benegas y los suyos se han perdido por esas galerías — respondió.

Callamos. Las horas transcurrían lentamente, en el fondo del profundo pozo.

Miré el reloj: las siete y media. Fuera, al aire libre, debía estar cayendo ya la tarde. ¿Pero a nosotros, qué más nos daba que fuera de día o de noche...?

De vez en cuando, Evelio me tendía su ardiente cantimplora, y bebíamos un trago de agua.

A las nueve, ocurrió un curioso incidente: bruscamente, el cadáver de Hubert Davis se irguió.

Los rotos peruanos que estaban más cerca, se pusieron en pie de sendos brincos, y escaparon galería adelante, aterrados.

Sin embargo, se trataba de un fenómeno normal: el contenido del estómago del americano había fermentado, y los gases, presionados en sus entrañas, eran los culpables de la ficticia «resurrección».

Cuando volvió la calma, comprobamos que las reservas de agua se habían terminado.

Ortiz pidió voluntarios para ir a llenar las cantimploras al distante manantial, pero nadie se ofreció.

Entonces me levanté y me uní al capataz. Tomamos dos linternas, y nos alejamos galería adelante.

— Has hecho bien en acompañarme, gringo — dijo Evelio —. El argentino sería capaz de asesinarte, al menor descuido.

Pero yo no pensaba en mi riesgo personal. Mis pensamientos estaban ocupados siempre en el mismo tema: Ellen.

Me devanaba los sesos, buscando una explicación lógica a lo ocurrido.

«Tal vez ésta sea, en verdad, la morada de los dioses», pensé, de pronto. Y la idea me obligó a sonreír.

Pero durante el camino, siguiendo la marcha que me marcaba Evelio Ortiz, fui repasando todas las inciden días ocurridas durante los últimos días.

Recordé la traducción que Ellen había hecho del jeroglífico incaico, grabado en una gran roca a la entrada de Xari-Allak.

Una frase, en especial, se me había quedado graba da en la mente:

«Que ningún hombre turbe el sagrado reposo del excelso Viracocha...»

¿Y si las palabras esculpidas, mediante signos jeroglíficos, en la roca, entrañasen algo más que una mítica leyenda?

Mi entendimiento práctico rechazaba aquellas delirantes ideas.

— Imposible. ¡ Dioses omnipotentes que descansan durante cuatro mil años para revivir de repente y elevarse hacia las estrellas!... ¡Extravagante!

Pero yo sabía ahora que amaba a Ellen O'Casey, que la amaba entrañable y desesperadamente. El hecho de no conocer cuál había sido su suerte, me llenaba de angustia y de desconsuelo.

Era consciente, sin embargo, de que algo impenetrable y misterioso estaba ocurriendo a nuestro alrededor Lo desconocido me llenaba de pavor, a pesar de lo cual yo estaba decidido a llegar hasta Ellen, aunque se encontrase en el mismo seno del Averno.

— Es aquí — dijo, de repente, Evelio. Y ambos nos inclinamos sobre el débil hilillo de agua para llenar la media docena de cantimploras que traíamos.

Dejamos encendida una linterna. El agua goteaba y se perdía en las misteriosas profundidades, a través de una grieta del suelo.

Estábamos distraídos en aquella, tarea, cuando la linterna se apagó por sí sola. Yo alargué una mano para tomar la mía y encenderla, pero no la encontré.

Evelio dejó escapar una blasfemia, entre dientes.

— ¿Qué esperas para encender, gringo? —murmuró, impaciente.

— No... encuentro la linterna — respondí. Me costaba un enorme esfuerzo articular las palabras—. Pero... ¡estoy seguro de que hay-alguien muy cerca de nosotros! He notado... un leve roce en mi espalda. Como si una mano fresca me acariciase.

— ¡Estás loco, gringo! Sólo estamos tú y yo.

Quedé encogido, respirando con ansiedad. Y de nuevo volví a sentir el roce sobre mi hombro derecho.

— Jean... —dijo una voz dulcísima.

Me volví de un brinco.

Allí, a pocos pasos, estaba Ellen.

Un escalofrío recorrió mi piel sudorosa.

— No te asustes, Jean. Soy yo.

—-¡Ellen! —grité. Y rae incorporé impulsivamente tendiendo mis brazos hacia ella, con enorme ansiedad pero... sólo palpé el aire.

Inclinado sobre el manantial, Evelio me miraba con una expresión de intenso estupor.

Pero yo sólo tenía ojos para mirar a Ellen.

¡Ellen, Ellen, Ellen...! ¡Era ella, envuelta en un sutil camisón rosa, bellísima como una diosa...!

— ¿Cómo es posible? — exclamé, maravillado—. ¡Puedo verte, sé que eres tú, pero... mis manos pasan a través de tu cuerpo, sin tocarte! ¿Puedes explicarme este extraño fenómeno?

La miré, de arriba abajo, dominado por el asombro Ellen llevaba un pie calzado y el otro descalzo. Su zapatilla era azul, con florecillas blancas, idéntica a la que Evelio había encontrado, no muy lejos de aquel mismo lugar.

Sonrió levemente.

— ¿Cómo podría explicártelo? — dijo—. Quizá diciéndote que me hallo en otra dimensión.

Temblé.

— ¿Quieres... quieres decir que... estás... muerta? — balbucí.

— ¡No, no! En principio, me tomaron como rehén. Ahora estoy libre, puedo ir y venir, pero no poseo... entidad física — dijo.

— No entiendo nada — exclamé, desesperado. Y de nuevo quise abrazarla, en un disparatado intento de concretarla entre mis brazos, pero mis manos penetraron en su figura, sin poder palparla.

— Yo tampoco lo entiendo del todo —explicó Ellen, un poco confusa—. Bueno, es que han ocurrido cosas maravillosas. Por ejemplo, he estado con «Ellos».

— ¿Ellos? — pregunté, atónito.

Evelio me observaba con la boca abierta v una expresión de profundo temor.

— Se disponen a partir hacia otros mundos — exclamó ella, de forma incongruente.

Moví la cabeza, como si pudiese alejar la bruma de mi cerebro.

— ¡Hacia otros mundos...! —exclamé, aterrado.

— Sí, ellos lo tienen programado, desde hace cuatro mil años. Su anterior viaje duró Cien años-luz, y su esfuerzo psíquico fue tan intenso, que sus células cerebrales se deterioraron hasta el extremo de exigir un largo descanso. En este lapso, ellos han recibido suficiente energía del volcán Chiribobl para alcanzar su nivel mental normal, y también para proseguir su itinerario a través de las Galaxias...

— Pero, Ellen... ¡todo eso es sorprendente! —ex clamé.

— Sí, lo es. Yo misma me siento ahora como... transfigurada. Tuve... Sí, tuve que explicarles muchas cosas Sobre todo a él.

— ¿A él?

— ¡Viracocha! Bueno, así lo escribieron los incas pero su verdadero nombre es Wirak-Ooxa. ¿Y sabes una cosa? No es un dios — explicó Ellen, con expresión traviesa.

— Ellen, Ellen, ¡me siento tan aturdido! — gemí.

— Te comprendo. Yo también me sentí así cuando Wollox me llevó a la «Catedral».

— ¿Wollox, «Catedral».,.? — pregunté, atónito,

— Wollox, el justiciero, brazo derecho de Wirak-Ooxa. En cuanto a la «Catedral»... Yo la llamo así, porque eso parece. Pero te estaba hablando de Wirak-Ooxa. El no es un dios.

— ¿Qué es, pues?

— Un ser inteligente, que procede de otro mundo como todos los que le rodean, que son más de cíen Wirak-Ooxa es un sabio. No tiene la misma apariencia que... nosotros. Yo misma me asusté al verle... Pero luego... ¡es tan bondadoso y justo!

Dejé caer los brazos a lo largo del cuerpo, con profundo desaliento.

— Todo esto me parece irreal, Ellen. Tú y yo vinimos a realizar unas excavaciones y... ¡las cosas se han complicado terriblemente! Ahora, cuando empiezo a comprender que te amo profundamente, ni siquiera puedo tocarte — gemí desalentado—. Y ese Wirak-Ooxa tuyo, si es que existe, no tiene nada de justiciero. Debió ser ese tal Wollox el que asesinó a cuatro de los hombres que formaban nuestro equipo: Frostmann, Davis, Valdés y Ergueteria. Los cuatro sufrieron una muerte horrible.

Las bellas facciones de Ellen expresaron compasión.

— Sí, lo sé. Y he sentido una profunda pena, un hondo pesar. Wollox les sorprendió robando las ofrendas.:. Tú no puedes entenderlo ahora, Jean, pero para ellos esos objetos preciosos tienen un valor incalculable, puesto que suponen la prueba del agradecimiento de los incas, a los cuales Wirak-Ooxa y los suyos protegieron v enseñaron, durante centenares de años. Por desgracia...

— ¿Qué... ? — pregunté.

— Wollox se vio obligado a inmolar a otras dos personas: los soldados Losadas y Gonsálvez: también ellos fueron sorprendidos robando las ofrendas, en el fondo del pozo.

Retrocedí, aterrado, hasta el muro. Evelio Ortiz siguió mi movimiento, con los ojos desorbitados por el asombro.

— ¡Ellen!.— grité—. Estamos atrapados. Los soldados retiraron la escala. Si no vienen a rescatarnos mañana, todos moriremos.

Ellen sonrió.

— ¿Morir? No —negó tajantemente—. Te dije antes que tuve que explicar muchas cosas a Wirak-Ooxa. Le dije que no vinimos aquí a robar, sino a realizar una investigación antropológica, y que nuestro ánimo no era turbar su reposo, pues sólo nos movía un .interés cultural, Y me comprendió. Luego dijo: «Ve y adviérteles. Convénceles para que se alejen hasta que emprendamos nuestro viaje. Si no son capaces de vencer su ambición, perecerán». Por eso vine a entrevistarme contigo.

Parpadeé, indeciso.

— ¿Entonces, qué debemos hacer? — exclamé, al cabo.

— Alejaros de Xari-Allak.

— Pero tú... ¡no puedo dejarte aquí! ¡No podría! — protesté, desesperado.

— Cuando Wirak-Ooxa y los suyos marchen, hacia

las estrellas, yo volveré contigo, Jean — respondió ella.

De repente, sepulté mi rostro entre las manos, y prorrumpí en entrecortados sollozos.

— ¡No puedo separarme de ti, Ellen! ¡Te amo! ¿No lo comprendes? — grité.

— Sí. Como yo te amo a ti, queridísimo Jean. Pero aquí, es Wirak-Ooxa quien impone sus condiciones. Y yo estoy dispuesta a cumplir.

— De todas formas... no podríamos escapar. Ya te dije que los soldados recogieron la escala — exclamé.

— Supongo que Wirak-Ooxa se ocupará de eso. Ahora tengo que irme, Jean. Pronto estaremos juntos.

Ella se alejó velozmente, como si se tratase de una porción de ectoplasma.

— ¡¡ELLEN...!!—grité con todas mis fuerzas. Pero ya había desaparecido.

La linterna se encendió por sí sola, e iluminó las desencajadas facciones de Evelio Ortiz.

CAPITULO XII

Fui a poner una mano sobre su hombro, pero Evelio se apartó de un brinco.

— ¡No te acerques a mí! —gritó—. Me has puesto los pelos de punta con tu representación... ¡Debes estar rematadamente loco!

— Al contrario — dije—. Creo que ahora es cuando empiezo a ver claro.

— No sé... Sentí algo como... Si otra persona estuviese entre los dos. Tú hablabas con ella, ¡pero yo no vi ni oí otra cosa que a ti mismo y a tu voz! —exclamó, espeluznado.

— ¿No viste a Ellen?

— ¿Miss O'Casey? ¿Cómo iba a verla si no...? ¡Calma, Jean! —dijo, al ver que me aproximaba—. Has sufrido una alucinación, te recuperarás, estoy seguro. Ha sido la fatiga, el maldito gas que envenena la atmósfera de estas galerías...

Comprendí que debía callar, si no quería asustar a Ortiz.

— Sí, debió ser una alucinación. Vamos' terminemos de llenar las vasijas — le animé.

— El caso es que la linterna... — Evelio se rascó la cabeza, se frotó los ojos y tomó una cantimplora.

Poco después, regresábamos con las vasijas llenas de agua.

Bruscamente, la tierra tembló. Fue un movimiento tan brusco, que ambos perdimos el equilibrio y rodamos por el suelo. El tintineo de las cantimploras fue ahoga-

do por un poderoso crujido, cuyo eco estremecedor repitieron las galerías próximas.

Durante unos segundos, la violencia del cataclismo nos obligó a permanecer vientre a tierra, con las manos cruzadas sobre la nuca para proteger nuestros cráneos.

Poco a poco, la tremenda violencia sísmica fue cediendo. hasta que el eco del horrísono crujido se fue alejando hasta desaparecer.

Aterrados, nos incorporamos y palpamos el suelo para recuperar las linternas y las cantimploras.

— ¡Chucha! —rugió Evelio-—. Por un momento, creí... creí que este lugar iba a ser nuestra fosa. Por suerte parece que...

Me tocó en un hombro bruscamente, y me volví.

Delante de nosotros, la roca se había desgajado espectacularmente y nos mostraba... ¡un bello trozo de cielo estrellado!

— ¡No puedo creerlo! —exclamé.

Pero ya Evelio se había puesto en pie, y escalaba, con la agilidad de un gato, por encima de los grandes bloques pétreos que nos cerraban el paso hacia el exterior

Desde lo alto, el peruano hizo un movimiento con la linterna.

— ¡Má Santísima!—exclamó—. Ahí abajo hay un sendero. ¡Podemos escapar...!

Dejé las cantimploras en el suelo, y subí por encima de las rocas desgajadas. Un momento después, me reunía con Evelio.

En efecto, a la difusa luz que provenía de las brillantes estrellas, divisamos un sendero que descendía hasta el río, aguas abajo de nuestro campamento.

— ¿Qué esperamos? ¡Pongámonos a salvo!—exclamó Ortiz.

— No podemos huir, dejando a los otros encerrados en el pozo — respondí —. Volvamos, avisémosles y podremos escapar todos.

Evelio se apartó de mí violentamente.

— Escucha, gringo: hemos estado a punto de perecer, apenas hace unos minutos... El sargento Benegas tenía razón: el volcán va a entrar en erupción de un momento a otro. ¡Y tú pretendes que desafiemos a la suerte, que nos expongamos a morir abrasados, en este maldito infierno...!—gritó, descompuesto,

— Será fácil salvarnos, lo reconozco. Pero ¿cómo nos sentiríamos luego, a! comprender que habíamos dejado morir a un puñado de hombres? ¡Huye tú! Yo iré a avisarles de que disponemos de una salida segura — le dije.

Volví abajo, recogí las cantimploras y eché a andar galería adelante, absolutamente decidido.

Había visto la señal: las entrañas de la tierra se habían rasgado para dejarnos salir. Yo había advertido a Ellen que no nos era posible escapar, y ella había respondido:

—«Supongo que Wirak-Ooxa se ocupará de eso...

Ahora me sentía más seguro, la desesperación estaba superada. Había que salvar de una muerte cierta a los que nos aguardaban en el pozo.

Apenas habría caminado unos cien metros cuando Evelio Ortiz vino, a !a carrera, en pos de mí.

— ¡Espera, maldito gringo! —gritaba, malhumorado—, ¡Iré contigo!

Media hora después, nos deteníamos en una de las bifurcaciones. El seísmo había desprendido algunas rocas del techo. En aquel momento, escuchamos un leve gemido.

Penetramos en Ia galería más próxima, y vimos un cuerpo humano pillado bajo una gran mole de piedra: era Moraes, el compañero de Silveira.

Arrojaba sangre por la boca, estaba agonizando. Pero aun quedaba un hálito de vida en él.

Refrescamos su frente con agua, pusimos la cantimplora en sus labios, y el infeliz probó unos sorbos.

— Aguanta — le animé —. Evelio V yo trataremos de remover esta roca.

— ¡No!—gimió—. Mis piernas y mi vientre están destrozados..."No aumentéis mis sufrimientos, os lo ruc so. Creedlo... Estoy listo.

Evelio maldijo entre dientes para disimular su turbación.

— ¿Por qué viniste aquí?—pregunté a Moraes, acariciando su frente.

— Benegas... Regresó con... los soldados — musitó — Dijo... Habían encontrado... sarcófagos de... oro macizo. Todos le... siguieron. Yo... me retrasé y... ¡El seísmo! Ellos... huyeron, me... abandonaron.

Moraes murió tres minutos más tarde. Cuando expiró, Evelio y yo cambiamos una mirada.

— No estarás pensando en ir a buscarlos... — dijo.

— ¿ Qué otra cosa podemos hacer? ¡ Esos locos, fanáticos...! — gruñí, rabioso—. Es preciso advertirles.

Ortiz se encogió de hombros.

— Moriremos — respondió con voz desmayada—. ¿Es eso lo que pretendes?

Por un momento, pensé que yo no tenía derecho a exponer la vida de Ortiz, un hombre casado y con numerosos hijos de corta edad.

Pero me sentía-extrañamente animado. Y respondí:

— Algo me dice que no moriremos, Evelio. De todas formas, intentaré salvar a esos estúpidos. ¿Vienes?

Recogí tres cantimploras y la linterna, y me puse en pie. Y Evelio, resignado, me imitó.

Avanzamos por la galería en que dejábamos el cadáver del infeliz Moraes.

Poco a poco, reconocí aquel pasaje: era el que mi grupo había tomado, tras la primera bifurcación.

Mi pequeño termómetro de bolsillo marcaba cincuenta y nueve grados. Sudábamos a chorro limpio, y nos veíamos obligados a beber continuamente para evitar la rápida deshidratación.

Yo apenas podía mover las piernas, y las plantas de mis pies estaban ardientes y doloridas, cubiertas de ampollas ya reventadas. A Evelio le ocurría otro tanto.

A pesar de lo cual, los dos continuábamos caminando cuesta abajo, como dos autómatas.

Nos detuvimos al llegar a la rotonda, y examinamos las tres galerías que se ofrecían a nuestros ojos. La que se dirigía hacia arriba no llevaba a ninguna parte, según habíamos podido comprobar en la primera exploración. La del medio conducía a la caverna en que nos encontramos con el grupo de Ortiz. La de la izquierda era la única que quedaba por explorar.

Elegimos, pues, la de la izquierda. Caminábamos ya muy despacio, pues el aire apenas contenía oxígeno, s nuestros pulmones no nos permitían grandes esfuerzos

Habríamos avanzado unos trescientos metros, cuan do vi algo caído en tierra: una camisa de soldado.

Más adelante, el suelo estaba salpicado de los más heterogéneos objetos: un fusil, cartucheras, pantalones, cantimploras, incluso botas...

Aquellas prendas nos iban señalando, sin duda, el camino que habían seguido el sargento Benegas y sus fanáticos seguidores. ,

Miré el reloj... ¡La una de la madrugada!

Evelio se detuvo, jadeó y se apoyó en el muro.

— ¿Para qué seguir? — murmuró, desmayado—. Este ^.amino sólo puede conducirnos al infierno...

Descansamos brevemente, y luego arrastré a mi compañero adelante.

Bruscamente, la galería ascendió de techo y se hizo más ancha hasta alcanzar los cuatro metros.

Cosa extraña. De repente, empezamos a respirar libremente, con desahogo. .El aire ardía materialmente pero debía ser rico en oxígeno, pues nuestra angustia respiratoria desapareció.

Al final de una recta de unos ciento cincuenta metros, advertimos un fuerte resplandor azul.

— ¡Mira! —exclamó Evelio, extendiendo un brazo. V ambos contemplamos, maravillados, las irisaciones que la luz producía en las brillantes paredes del ancho pasaje subterráneo.

Nos sentíamos maravillados, sí. Y también aterrados A nuestros oídos llegaba el rumor de una fuerte turbulencia, semejante a la que pudiera producir un gigantesco reactor nuclear.

— Jean, tengo miedo — confesó Ortiz, con voz temblorosa.

— Yo también — respondí—. Pero no hemos llegado ha¿:a aquí para volver atrás ahora.

Caminé hacia adelante, a buen paso. Me sentía más *3¿ar.sado y ligero. Detrás de mí, Evelio caminaba, re ceroso.

La temperatura ascendió a sesenta y cinco grados, a

setenta... Toqué mis mejillas: estaban tan calientes que me asusté.

Evelio se protegía los ojos con una mano. Pero mis gatas oscuras me permitían avanzar sin que mi vista resultara cegada, a pesar de que me escocían fuertemente los ojos.

Finalmente, la galería desembocó en una gran caverna, de altísimos techos.

— ¿Qué es esto? — preguntó Evelio, aterrado.

— Creo que hemos llegado a la «Catedral» — respondí con un hilo de voz.

CAPITULO XIII

Algo vibraba, con sordo rumor, muy cerca de nosotros. Contorneamos la gran roca ondulada que nos cerraba la visión a la derecha, y nuestros asombrados ojos contemplaron el azulado prisma metálico de unos quince metros de altura.

Evelio me tocó en el hombro. Su mano temblaba.

En el interior del prisma se producía un insólito chisporroteo luminoso. Latiguillos fosforescentes subían > bajaban sin cesar, recorriendo, a velocidades fantásticas, las pulidas caras del poliedro.

Un ancho cordón, erizado de filamentos metálicos, semejante a una gran oruga, partía del prisma y se perdía en una de las galerías que terminaban en la «Catedral». Aquel grueso cordón ardía al rojo vivo, por lo que imaginé que iba a parar directamente a la chime-rea principal del volcán Chiribobl.

Al fondo, distante unos ciento veinte metros, se veían altísimas y blancas estalactitas y estalagmitas. Reflejos dorados podían advertirse entre las anchas columnas marmóreas.

-Parece un fabuloso órgano que... sólo podrían tocar los dioses»,

pensé.

Miré hacia las alturas. Las paredes, en forma de cono, se elevaban hasta la cúpula, a unos ochenta metros altura.

En aquel momento, el piso que ríos sustentaba comenzó a vibrar violentamente.

Evelio y yo nos dejamos caer al suelo, llenos de pavor.

— De un momento a otro, esa cúpula se precipitará sobre nosotros, y nos aplastará bajo el peso de millones de toneladas de rocas — temí.

El seísmo duró no menos de treinta segundos. Cuando abrimos los ojos, advertimos que ni un solo fragmento de piedra se había desgajado de la alta cúpula.

La única diferencia ostensible era que el cordón que unía e! prisma con el volcán había aumentado considerablemente su fulgor, que llegaba ya a herir nuestra vista.

¿Qué extraño fenómeno se estaba produciendo allí? Aquel prisma azulado que iluminaba claramente toda la extensión de la «Catedral» recordaba de alguna forma la proa de una nave…

Súbitamente, tuve la solución.

— Ese cordón metálico está absorbiendo la energía del volcán… El prisma está cargado de energía… ¡de pura energía!

Ellen había hallado la palabra justa para definir aquella fabulosa caverna. La había llamado «Catedral». Y eso era lo que parecía: la más fascinante catedral de todos los tiempos.

— Un verdadero refugio de dioses — murmuré.

— ¿Qué…? — susurró, junto a mí, Evelio Ortiz. Y volví a la realidad.

Recordé que buscábamos, al sargento Benegas y a los locos y ambiciosos hombres que le seguían.

— ¿Dónde diablos estarán? — preguntó Evelio, como si hubiese adivinado mis pensamientos.

Me daba miedo abandonar las proximidades de la galería, por donde, en caso de peligro, tal vez podríamos escapar.

«Cualquier fenómeno increíble y peligroso para nosotros puede ocurrir en cualquier momento», pensé,

atemorizado.

De todas formas, avanzamos unos pasos junto a! muro, que formaba multitud de oquedades, cuyo interior relucía como las gemas.

Tratábamos de mantenernos alejados del gran prisma azul, en cuyo interior bullía, fascinante, la poderosísima carga de energía que estaba almacenando.

Evelio se detuvo un momento.

Se inclinó y recogió algo del suelo. Un rifle. Su cañón estaba retorcido y deformado como... si se hubiera fundido a altísima temperatura.

El hallazgo nos dejó perplejos. De reojo, dirigimos una temerosa mirada al prisma que latía en el centro geométrico de la «Catedral».

Luego Evelio dejó el inservible fusil sobre el suelo, y yo lo empujé levemente hacia adelante.

Al tiempo que nos íbamos acercando al «órgano» — como yo había bautizado la soberbia batería de estalactitas—, advertimos que los reflejos dorados que habíamos visto a distancia venían a ser como unos largos tubos dorados de unos cuatro metros de longitud.

Contuvimos la respiración y nos acercamos.

A diez metros de distancia nos detuvimos y contemplamos el «órgano». Se diría que los cilindros de metal ¿orado habían permanecido allí durante milenios, pues las columnas de las estalactitas y estalagmitas los hacían apresado fuertemente entre sí.

De pronto, Evelio dejó escapar un gemido de angustia

— ¡Allí! — señaló, con el brazo extendido hacia la izquierda.

Humberto Silveira yacía de bruces sobre uno de aquellos cilindros dorados.

¡Los tubos dorados,..! Benegas los había tomado por sarcófagos de oro, al parecer.

Avanzamos unos pasos.

.Arriba, a unos cuatro metros por encima del suelo, vimos otro cuerpo humano. Y otro.

— Benegas, un soldado...—murmuró Evelio, con voz «pagada.

Impulsivamente, corrió hacia Silveira con los brazos «rendidos.

— ¡¡Nooo!! —grité, de repente. Y mi alarido dejó sus pies clavados al suelo.

Había algo raro en la actitud de! cuerpo de Silveira. luego, yo estaba seguro de que aquel hombre estaba muerto. Tan muerto como todos los demás. Pero

Rodeé el «órgano» y traté de ver sus facciones. Su rostro estaba gris, como si lo hubieran rociado de ceniza.

No sé qué me impulsó a hacer aquello. Pero lo cierto es que me incliné, tomé una piedra y la arrojé contra el cuerpo de Silveira.

¡El cadáver se desmoronó, y una nube de polvo grisáceo se elevó en el aire para caer mansamente al suelo...!

La piedra que yo había lanzado rebotó sobre el cilindro, y se tornó incandescente en una décima de segundo. Luego estalló en el aire y se desintegró espectacularmente, hasta disgregarse en un chisporroteo rojizo.

Miré a Evelio, cuya «faz se había demudado.

— Si le hubieras tocado, ahora estarías convertido en polvo — susurré.

Mi compañero retrocedió, aterrado.

Desde donde me encontraba, pude ir reconociendo hasta seis cadáveres, todos ellos abrazados a otros tantos de aquellos largos cilindros de oro.

— Es extraño. Faltan tus cuatro camaradas peruanos — dije.

En aquel instante, uno de los cilindros comenzó a vibrar, y yo retrocedí a toda prisa. De forma tan atolondrada que tropecé y caí al suelo, de espaldas.

Quedé allí, inmóvil, en el suelo, incapaz de reaccionar.

Una de las columnas pétreas crujió. Una gran grieta se abrió a unos cinco metros de altura.

Luego, Ia estalagmita se movió y, de repente, se abatió pesadamente hacia adelante.

Rodé sobre mí mismo, alejándome en sentido contrario. Segundos después, la enorme masa rocosa se estrelló contra el suelo a dos metros del lugar donde yo me había detenido. El estrépito que produjo su caída retumbó como un cañonazo bajo la bóveda de la caverna.

Me incorporé de un salto. Evelio se aproximó a mí, de espaldas.

Contemplaba, como hipnotizado, la vibración de aquella cápsula dorada. En aquel momento, el cilindro — que tenía aspecto macizo, sin resquicios de unión — se dividió en dos. La parte superior se deslizó sobre la inferior.

Alguien se movió en su interior.

Una silueta oscura, gigantesca, se irguió hasta incorporarse por completo.

Desde seis metros de altura, aquel ser saltó al suelo, con increíble agilidad.

Estaba desnudo por completo, a excepción del pequeño faldellín dorado que colgaba de su cintura.

Su piel era negra como la de los africanos, y sus hombros, anchísimos y musculosos.

Unos ojos brillantes nos contemplaron fríamente, en un rostro alargado y anguloso, de cráneo brillante, carente de cabellos.

Vi que extendía sus grandes manos hacia nosotros. No eran manos desnudas, sino cubiertas por una especie de guantes metálicos.

En aquel momento reconocí a Ia gigantesca criatura,,. ¡Era Wollox, el que había huido a través de la galería «A», llevando a Ellen en sus brazos..,!

Sus intenciones parecían ciaras... ¡Iba a exterminamos!

Estábamos a quince metros de él, cuando huimos a luda la velocidad que nos permitían nuestras fuerzas.

Sin embargo, Wollox saltó en el aire y sus largos brazos se abatieron sobre nosotros.

Frené en seco y retrocedí sobre mis pasos como un conejo asustado.

Sus manos, eran sus manos lo que yo más temía! Porque sabía que el simple contacto con ellas abrasaría mi cuerpo…!

Caí y Wollox saltó sobre mí.

Sus guantes metálicos tenían un brillo ígneo. En aquel momento se inclinó sobre mí…

CAPITULO XIV

— ¡ i; WOLLOOOOX!!—resonó la voz bajo la alta bóveda.

El gigante se irguió.

Yo abrí los ojos y vi a… Eilen.

Llegó caminando de forma etérea, y se interpuso entre Wollox y yo. A unos treinta metros de distancia, Evelio contemplaba la escena, aterrorizado.

Oí las sonoras palabras que Ellen dirigía al gigante, pero no pude comprenderlas. Debía expresarse en una lengua desconocida para mí, pero absolutamente inteligible para Wollox, pues éste se separó de mí y se alejó, sumiso, hacia el «órgano».

Desde el suelo, saltó espectacularmente hacia las alturas, se introdujo en su cápsula y se tendió rígidamente. En seguida, la mitad superior del cilindro se adaptó silenciosamente sobre la inferior, tan exactamente que la junta de unión desapareció.

— ¡Ellen! —grité.

Ella me miró fijamente y dijo:

— Es la hora. Ellos van a partir.

Dirigí una medrosa mirada al «órgano». Pero Ellen me urgía ya:

— ¡Aprisa, aprisa...! ¡No hay tiempo que perder...! Dentro de unos segundos, todo esto estallará —y señaló con un ademán el recinto de la «Catedral».

Me tomó de la mano.

¡Era su mano, fresca y suave! ¡Yo podía tocarla...!

Corrimos hacia el lugar donde nos esperaba Evelio.

— ¡Señorita O'Casey! —exclamó, con el asombro brillando en sus oscuros ojos.

— ¿Hacia dónde? —pregunté a Ellen. Y tiré de una mano del impresionado Ortiz.

— No importa — dijo ella —. Huyamos en cualquier dirección. Lo importante es alejarnos de aquí en seguida.

Cruzamos la espaciosa caverna. Al pasar junto al afilado prisma azul, Ellen rozó con su mano derecha uña de sus caras... ¡Instantáneamente, su figura esplendió como una estrella!

Yo había soltado su mano, dominado por el más intenso pavor.

Evelio se detuvo a la entrada de la galería por la que había llegado hasta la «Catedral».

El cordón energético del prisma había alcanzado un resplandor tan potente que la caverna brillaba como un ascua.

Cuando corrí a reunirme con Ortiz, una luz fulguran-*e. color naranja, estalló a veinte metros.

Chispitas de metal fundido volaron en todas direcciones v abrasaron mi piel en varios puntos... ¡El cordón se había desintegrado!

Súbitamente, una lengua de fuego brotó por la galera que comunicaba con el cráter del volcán Chiribobl. La roca del brocal e incluso el mismo piso se tornó inocente y comenzó a derretirse,

— ¡Aprisa, aprisa! —gritaba Ellen, detrás de nosotros.

Me volví y la miré.

Su silueta aparecía envuelta en un halo de resplandor azul como... ¡si hubiera robado una gran porción energía al prisma!

Me empujó, me tomó por un brazo. Mis pasos se tornaron ligeros y ágiles como los de un joven.

Evelio que había conseguido refugiarse en la boca galería, contemplaba aquella sucesión de cataclismos, con la expresión del que ve venir sobre sí el Fin del Mundo. a pesar de lo cual, en lugar de huir a toda velocidad, contemplaba la explosión de fulgurantes colores, como-hipnotizado.

Aunque Ellen tiraba de mi mano, yo también me detuve a Ia entrada de la galería.

Resonó un gran estruendo allá en las profundidades de la «Catedral».

Desde ochenta metros de altura, las columnas pétreas de las estalactitas se desplomaban apocalípticamente sobre el vacío.

Por encima del polvo y del humo que llenaban ya la cueva, un fulgor dorado se abrió paso, esplendente.

Una cápsula de oro se deslizó en el aire, y vino a adosarse a la base del prisma azul.

Luego... el espacio se vio surcado por docenas y docenas de estelas doradas, que brillaban un segundo en el aire y se inmovilizaban junto al prisma, adaptándose perfectamente entre sí hasta formar un cegador disco de oro.

En mi interior, Ia admiración había sustituido al miedo animal. Contemplaba con los ojos bien abiertos todo lo que estaba sucediendo, aunque mí mente racional se resistiera a aceptar la realidad de aquel portentoso cúmulo de maravillas que estaban sucediéndose ante mis ojos.

El disco brillante, cuyo centro geométrico era el prisma de energía, vibró entonces y comenzó a alzarse del suelo.

Pronto comenzó a girar tan velozmente que sus relieves desaparecieron y apenas podíamos ver una lámina de oro con un afilado punto azul en el centro.

Se elevaba ya a treinta metros, a cuarenta...

Ellen alzó los brazos y dirigió un víbrame:

— Wa gaey, Wirak-Ooxa!

Miré hacia lo alto. ¿Cómo podría salir aquella insólita astronave si la cúpula de la «Catedral» le cerraba el paso sólidamente…?

La respuesta surgió por sí sola, apenas un segundo más tarde.

Se oyó un terrible crujido, seguido de una horrísona explosión… ¡La cúpula acababa de desgajarse en colosales moles, que volaban por los aires, revelando una dilatada porción de cielo estrellado.

El disco dorado zumbó y partió hacia el oscuro firmamento, dejando tras sí una estela, formada por fosforescentes miríadas de partículas.

Inmóviles, permanecimos en el mismo lugar hasta que el disco se convirtió en un puntito semejante a una estrella.

— Wa gciey, Wirak-Ooxa! —repitió Ellen, emocionada. Y e! puntito dorado se perdió en el infinito.

Todavía flotaba en el ambiente el eco de sus últimas palabras, cuando una potente explosión de gases abrió una boca de diez metros en el piso de la «Catedral».

Los muros se conmovieron y una gran grieta dividió en dos la gran caverna. Bocanadas silbantes de humo, gases venenosos y materias ligeras en estado de incandescencia brotaron del suelo.

Evelio y yo nos miramos, aterrorizados.

Pero Ellen se limitó a impulsarnos, galería adelante.

Galopábamos locamente, alejándonos del desatado inferno, cuando la galería se escindió en dos por una ancha grieta transversal, de la que inmediatamente brotó gran llamarada.

— ;Atrás! — grité. Y desanduvimos el camino hasta ose encontramos un pasaje por donde introducirnos y escapar, sin rumbo.

Pocos minutos después, nos encontramos en el centro de una pequeña rotonda de la que partían dos galerías. Seguimos por la más ancha, que se alargaba en sentido ascendente.

Súbitamente, Evelio cayó y rodó por el áspero suelo.

Me incliné sobre él y le oí jadear.

— No puedo... más — murmuró—. Seguid vosotros,

Entonces tuve un pensamiento absurdo. Habíamos perdido las linternas... ¿Cómo era posible que pudiésemos ver en la oscuridad?

Ellen se detuvo junto a nosotros, y un fuerte resplandor azulado nos envolvió. ¡Era ella la que aparecía envuelta en un fuerte fulgor!

—Estamos perdidos — jadeé—. Jamás podremos escalar este dédalo de galerías. Ni siquiera sabemos si caminamos en la dirección correcta...

Ellen nos miró.

— No temáis — dijo con tranquila voz—. Saldremos.

Desde el suelo, donde me encontraba, vi que extendía las manos y cerraba los ojos, en actitud de suma concentración.

Luego, de improviso, la luz azulada que la cubría, como un nimbo, se separó y flotó en el aire formando una bola azulada, que fue condensándose rápidamente hasta convertirse apenas en un puntito tan brillante que hería la vista.

Oí el rumor de una exhalación que hendía el aire. El puntito azul perforó la roca y se oyó un crujido siniestro.

La entraña de la piedra se rajó con un seco y espeluznante chasquido. Simultáneamente, se desató una fuerte corriente de aire, que refrescó nuestras ardientes facciones.

Evelio se puso en pie de un salto.

— Xari-Allak! —gritó, enardecido.

Miré hacia donde señalaba, y vi una ancha grieta vertical, de sesenta metros de longitud que comunicaba directamente con la gruta de Xari-Allak. Desde donde nos encontrábamos, podíamos divisar incluso los equipos de herramientas apiladas en el interior de la caverna.

Tomé a Ellen de la mano y la arrastré con fuerza, en pos de los pasos de Ortiz, que corría ya desesperadamente hacia la caverna.

Cinco minutos después, estábamos en el campamento, Allí, en el interior de una de las tiendas, encontramos a los cuatro peruanos, apretados unos contra otros, como animalillos indefensos.

— ¡Mis bravos «rotitos»! — exclamó Evelio, brillantes de emoción los ojos—, Pero... ¿cómo acá vosotros? — preguntó, pasmado de asombro.

Jeremías se puso en pie, y vino a nosotros, contento.

— No lo sé, ñó Evelio — dijo —. Nos separamos del sargento y los otros en cuanto pudimos, y volvimos... Luego hubo un chismo y quedamos atrapados entre tanta piedra y tierra... ¡Má Santísima, creímos que no saldríamos! Pero «Chiyi» Sáez comenzó a arañar la tierra cuando nos faltó el aire, vio un bujero y todos escarbamos hasta que nos vimos fuera, aquí mismito. No sabemos más, ñó Evelio.

En las alturas, se oyó una fortísima explosión. Al elevar la mirada, pude ver que por la empinada ladera corrían rojizos ríos de lava. Voluminosos fragmentos de roca volaban por el cielo, y el aire apestaba a gases sulfurosos, que podían ser letales.

— La lava ha cortado el sendero — avisó Evelio, sombrío. Y era cierto.

El talud tenía más de cien metros de caída vertical. -_Cómo escapar?

Penetré en mi tienda, y dispuse la radio para comunicar con las autoridades de Cuzco.

— ¡Aviso de emergencia de la expedición Xari-Allak: — comencé a vocear en el micrófono —. El volcán Chiribobl ha entrado en erupción... ¿me escuchan?

Una débil y lejana voz expresó que tomaban nota de nuestro mensaje. Hablé rápidamente durante cinco minutos. Cuando estuve seguro de que habían escuchado mi informe, corté la comunicación.

— Van a enviar un helicóptero del Ejército — dijo a mis camaradas —. Creen que el aparato podrá estar aquí antes de una hora. Por tanto, sólo tenemos que esperar.

Miré a Ellen. Su halo azulado había desaparecido. Ella ve había recostado contra el muro y... dormía. También yo me dejé caer a su lado. Cerré los ojos y quedé profundamente dormido.

* * *

El teniente Heras vino a vernos a la clínica Dorado. Quería interesarse por nuestro estado — que era ya excelente— v, de paso, trató de informarse acerca de cuanto había sucedido en Xari-Allak.

Los rotos de la expedición mantuvieron su boca callada para no comprometerse. En cuanto a Ellen, Evelio y yo también habíamos decidido callar.

— Fue una desgracia — dijo Ellen—. Estábamos realizando una exploración de las galerías, cuando el volcán

entró en erupción. Uno de los seísmos enterró a la mayoría de mis empleados. Puede creer que fue milagroso que nos salvásemos siete personas.

— Sí — afirmé—. Estuvimos a punto de perecer. Si el helicóptero no hubiese llegado a tiempo...

Heras insistía e insistía. Se adivinaba que él sospechaba algo de lo que había ocurrido en las entrañas de Xari-Allak, pero nosotros estábamos firmemente decididos a guardar silencio, convencidos de que nos tornarían por locos si proclamábamos ¡a verdad. Finalmente, el policía se dio por vencido y se marchó.

Al día siguiente, nos dieron de alta en la clínica. Evelio corrió a abrazar a su parienta y a sus chavales, y nosotros nos dirigimos al hotel Nacional.

Ellen se empeñó en que fuéramos a tomar una copa a su habitación, precisamente la número dieciocho.

— Ve preparando los combinados. Voy a cambiarme, entretanto — dijo.

Descorché una botella, saqué dos vasos, hielo... La ■tentación llegó de repente. Con pasos sigilosos, penetré en el dormitorio de Ellen.

Ella... estaba de espaldas y desnuda. Debió oírme porque se volvió bruscamente, y dejó escapar un gritito.

Mis ojos se llenaron de su desafiante y juvenil silueta.

— ¡Vete! —gritó.

— No te muevas, por favor — susurré —. No he venido a lo que tú

imaginas. Encima de tu cama, a menos de un metro de ti, se encuentra una enorme iguana.

Dio un grito de espanto, y se cobijó en mis brazos.

Era lo que yo esperaba. ¿Qué importaba que ella tuviera una rabieta cuando supiese que todo había sido un viejísimo truco?

FIN

[1] Antigua ciudad preincaica, cerca de Cuzco, sobre un cono rocoso en el valle del Urubamba (Perú). Grandes torres y muros bien conservados sobre precipicios insondables.

[2] En Perú y Chile suelen llamar «petroleros» a los técnicos y prospectores que buscan yacimientos petrolíferos.